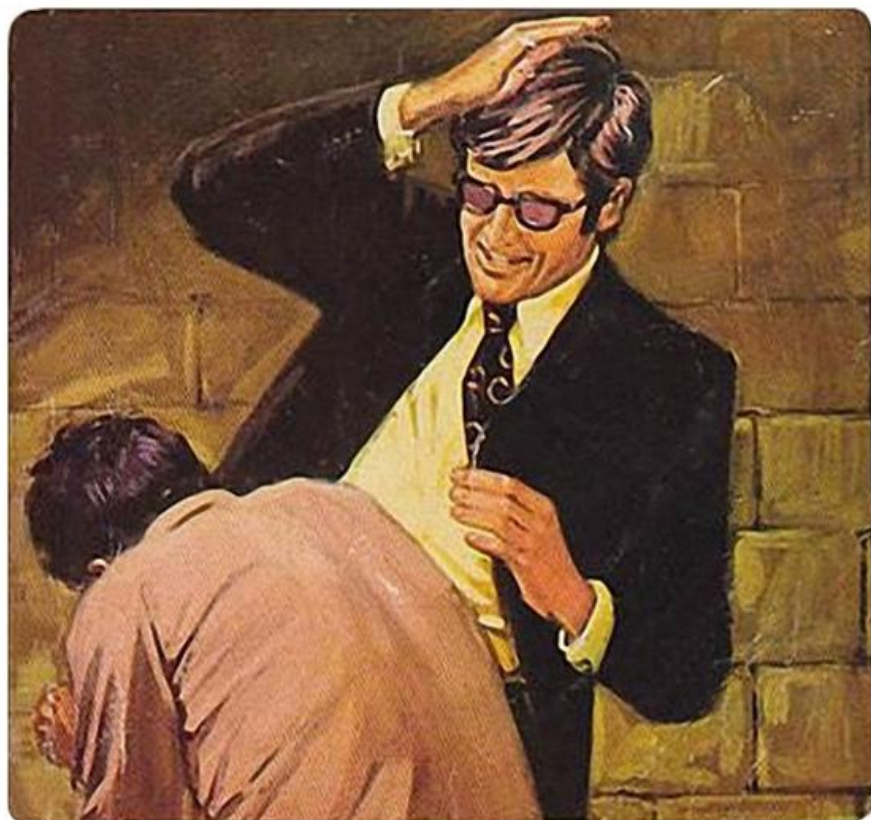


Silver Kane

LA LEJANA VOZ DEL MUERTO





eb

SILVER KANE

LA LEJANA VOZ DEL MUERTO

Colección LA HUELLA n.º 27
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-03656-2

Depósito legal: B 10962-1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta Colección: mayo, 1975

© Silver Kane - 1975

© Cubierta: Jorge Sempere - 1975

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Parte de los datos de esta novela son reales. Otros, por supuesto, son imaginarios, pero obedecen a situaciones que también fueron reales en su tiempo, y por lo tanto pudieron haber sucedido si es que no sucedieron realmente. Para dar con los datos históricos me he informado en la agencia France-Presse, en el diario *France-Soir* y en los archivos de algunas asociaciones de la Resistencia que subsisten en París. La víctima inocente que da sentido a este relato no es exactamente la que estuvo en el campo de concentración de Drancy en 1944, y cuya historia *France-Soir* ha recogido en parte, sino otra cuyas circunstancias fueron muy similares, otra que conoció a los mismos verdugos y vivió el mismo horror.

Por ello, por el hecho de que algunos datos son históricos y no puedo transformarlos, me debe permitir el lector que sitúe el principio de la acción en 1944 y dé luego rápidos saltos a través de otros hechos que sucedieron efectivamente. Pero empecemos ya. Sólo me queda por aclarar que la situación con que empieza este libro acaeció efectivamente en el campo de concentración de Drancy en junio de 1944, cuando los aliados ya avanzaban arrolladora e inconteniblemente hacia la capital francesa. Se inició así...

PARIS, 1944

La furgoneta completamente pintada de negro, sin ningún distintivo que la identificase, penetró lentamente en el patio central tras salvar la doble barrera instalada por los centinelas. De no ser por los dos motoristas alemanes poderosamente armados que la custodiaban, hubiese podido parecer un vehículo de reparto, o

quizá el coche de alguna empresa de pompas fúnebres. Cosa que se aproximaba bastante a la verdad, porque todos los que habían visto aquella furgoneta alguna vez conocían bien su significado siniestro.

Aminorando aún más la marcha, el vehículo bordeó una gran losa de cemento situada en el patio interior, a espaldas del edificio principal, y que siempre estaba manchada de sangre a pesar de que las mangueras la limpiaban con frecuencia. Algunos de los detenidos situados en el último piso del edificio, sabiendo la suerte que les esperaba, preferían ahorrarse sufrimientos lanzándose de cabeza contra aquella losa que debía ser para ellos como una tentación maldita. En Drancy, aquella superficie lisa y de una solidez a toda prueba tenía el mismo siniestro significado que tuvieron los hornos crematorios en el campo de Mathausen. Pero los que llegaban en la furgoneta aquella noche no lo sabían, y además, encerrados como animales en aquel espacio sin ventilación ni luz, tampoco podían verla.

El vehículo negro se detuvo por fin ante una puerta donde se exhibía la cruz gamada y donde se leía en alemán: «COMANDANCIA». Dos soldados de las SS armados con metralletas y otros dos sosteniendo a enfurecidos perros carniceros, se encargaban de mantener el orden allí en el improbable caso de que alguien quisiera perturbarlo. Más al interior, en el enorme vestíbulo, había solamente una mesa y una silla, tras la que estaba sentado un oficial alemán con la calavera de las SS incrustada en la gorra. Detrás suyo, en la pared, tres cuadros: el de Hitler y los de Pierre Laval y Philippe Petain, los dos dirigentes máximos de la Francia ocupada. La desnudez de aquella estancia, que despedía un extraño hedor a vómitos, a sudor y a muerte, resultaba sobrecogedora.

Los detenidos fueron descendiendo de la furgoneta. Con ojos aterrados miraron en torno suyo, pero ni uno se movió. Luego, espoleados por los golpes de los centinelas y los ladridos de los perros carniceros, entraron en el vestíbulo y se pusieron en fila india, uno tras otro.

El que les había conducido entregó una sencilla hoja de parte al oficial de turno.

—Todos judíos —murmuró.

—¿Represalia?

—Sí.

—¿Por qué?

—Tres soldados del Reich murieron asesinados anoche. Nos hemos llevado por lo tanto a todos los judíos que aún quedaban en la zona del Marais.

Una fina y cruel mueca se dibujó en los labios del oficial. Fuera de eso, su rostro permaneció perfectamente impassible.

Odiados a veces por los propios soldados alemanes, los de las SS eran un mundo dentro de otro mundo.

—Que pasen y me entreguen sus documentos —dijo.

Miró al primero. Era un hombre ya caduco y que no podía servir ni para mover una silla. Le señaló un lado de la estancia.

La segunda era una mujer que hubiera podido ser su esposa. Le señaló el mismo lado con un gesto de aburrimiento.

El tercero era un joven de unos veinte años, fuerte y corpulento, aunque reflejando en sus ojos un espantoso horror. El oficial le señaló el lado opuesto.

A continuación venía una muchacha de unos dieciséis. Quizá estaba algo flaca a causa de la mala alimentación, pero era preciosa. El oficial la hizo colocar a su espalda.

Con aquello se iban formando ya los tres grupos clásicos que sólo los iniciados conocían: los inútiles para el trabajo y que debían ser exterminados; los fuertes y sanos que debían ser enviados a los centros de producción y las mujeres lo bastante bonitas para servir de diversión a los soldados alemanes en los prostíbulos del frente.

Siempre era lo mismo. Para el oficial sentado en aquella silla, la ceremonia ya se había convertido en una rutina a veces insoportable.

Pero de pronto se encontró con algo que no esperaba.

—¿Pero qué edad tiene éste? —preguntó.

—Cuatro años.

El niño le miraba sencillamente aterrado y con sus mejillas recorridas por el llanto. Iba bien vestido y se le notaba relativamente bien alimentado. Su boca se entreabría en un espasmódico temblor. En su universo infantil, en su mundo limpio y todavía hermoso, no entraba aquel horror. No entendía absolutamente nada.

—¿Dónde está su madre? —preguntó el oficial.

—Por lo visto es una judía a la que no hemos capturado —dijo

el jefe del transporte—. Lo tenía con una vieja que cuidaba del chico. Seguro que ella lo había dejado allí porque pensaba que corría menos peligro. ¿Qué hacemos con él?

El oficial se encogió de hombros.

—Un chiquillo así, ¿para qué sirve? —preguntó.

—Para nada, claro.

Señaló con indiferencia el lugar de los condenados a muerte.

—Que vaya con ellos. De todos modos conviene que no salga en la primera expedición. Cuando su madre se entere de que está aquí vendrá a reclamarlo y entonces también la detendremos a ella.

—Jawol, *herr* Hauptmann.

El niño fue llevado junto con los viejos, que de una forma maquinal, instintiva, le acariciaron la cabeza dulcemente, como si presintieran lo que iba a ocurrir.

Pero de pronto volvieron la mirada.

Las pisadas se oían lentas y solemnes en el piso de cemento.

El hombre que avanzó hacia allí era una torre humana. Vestía enteramente de negro, como los SS. En su solapa izquierda lucía las insignias de su grado: coronel.

Llevaba unas gafas también negras.

Tenía un rostro hermético y duro como la piedra. Había en él algo de inhumano, algo de irresistiblemente siniestro. Sin embargo no fue nada malo lo que hizo al acercarse al niño.

Le acarició también la cabeza.

Y le preguntó con suavidad:

—¿Cómo te llamas, pequeño?

—Gabriel, se... señor.

—¡Muy bien, Gabriel! No te preocupes porque no te va a ocurrir nada. Pronto verás a tu madre y os podréis marchar los dos. Ven conmigo.

Y se lo llevó de la mano. En cierto modo parecían padre e hijo. Lo trataba con una suave dulzura.

Detrás de ellos se cerró una puerta.

MARSELLA, 1958

Los tres fugitivos de la Legión Extranjera acorralaron al joven contra la pared. Era bastante débil, un poco enfermizo, y se notaba

que no iba a poder defenderse. En aquel momento tenía dieciocho años. Los que se habían apoderado de él eran, en cambio, tres auténticas torres humanas.

Repatriados de Indochina, donde se habían acostumbrado a todas las facetas de la muerte y del horror, estaban decididos a no servir más bajo una bandera que no les decía nada. Iban a vivir su vida en Marsella después de ser declarados desertores. Pero para vivir la vida, y sobre todo en una ciudad como la Marsella de 1958, donde había un bar en cada esquina y una prostituta cara por cada metro cuadrado, hace falta pasta larga. Sólo eso. Y ellos la conseguirían.

—¿Cómo te llamas? —preguntó uno de los desertores.

—Ga... Gabriel.

—¿Qué te pasa en ese ojo?

—Nada.

—Pues yo diría que no es de verdad...

—No, no lo es.

—Je, je... De todos modos supongo que tu madre pagará igual el rescate aunque tengas un ojo postizo. Eh... ¿cuánto dinero tiene tu madre? ¿Es verdad lo que nos han dicho de que ha cobrado una herencia?

El joven negó con un gesto de horror. Aquel sótano húmedo e infecto en que le habían metido le recordaba episodios cuya simple visión le hacía enloquecer. Los brazos cayeron sin fuerzas a lo largo del cuerpo mientras uno de los desertores le golpeaba salvajemente en la cara.

La sangre saltó.

Otro aulló:

—¡Contesta!

—Mi madre no... no tiene dinero. Mi madre sólo vive de una pensión... pensión de guerra. Si no fuese por mi ayuda no podría apenas comer...

Aquellas palabras habían sido dichas no sólo en un tono angustiado, sino también sincero. Los tres individuos se miraron confusamente.

Uno de ellos preguntó:

—¿Cómo se llama tu madre?

—Señora Mecourel.

El salvaje golpe hizo saltar otra vez hacia atrás la cabeza del muchacho, enviándole hecho un fardo a un rincón del sótano. No obstante se adivinaba que el golpe no había sido «pensado» para él. Que el que acababa de darlo hubiera deseado atizárselo a otro.

—Hijo de perra —dijo mirando al que tenía a su derecha.

—¿Qué pasa?

—Te has confundido. Habíamos hablado de secuestrar al hijo de la señora Marquetti, que acaba de cobrar de verdad una herencia. Pero no al de una zorra que sólo cobra una pensión de guerra. Ese gusano dice la verdad. No vamos a sacarle ni un paquete de cigarrillos mamados.

El interpelado palideció. Era un tipo de facciones cuadradas, brutales, un fulano sin patria, sin religión, sin bandera, sin nombre. En la Legión le habían dado un apodo: Le Loup. Eso era todo. Pero ya tenía bastante.

Le Loup acabó riendo siniestramente.

—Bueno... —dijo—. Tampoco hay para tanto. Podemos empezar otra vez.

—Muy bien ¿pero qué hacemos con ése?

Los tres se miraron. Los tres se entendieron con sólo un guiño de ojos. Los tres estuvieron de acuerdo en que unos desertores que además han cometido un secuestro no pueden dejar huellas, porque a los desertores se les fusila.

Sacaron sus cuchillos a la vez.

Fue Le Loup quien dijo:

—Así... Sin ruido... De un solo tajo... Éste será mi muerto número veinte...

* * *

Mientras tanto un hombre alto como una torre, vestido enteramente de negro, con las manos en los bolsillos y con unas gafas también negras, se había acercado por el pasillo. No parecía mirar a ninguna parte, pero se había dado perfecta cuenta de la situación. Sabía que a su izquierda, donde sonaban suspiros contenidos, se estaba efectuando una exhibición de cine «porno». Sabía que a la derecha había mujeres disponibles. Sabía que la puerta de enfrente daba al sótano.

Una chica se acercó a él.

Y esa chica tuvo una sensación extraña.

La de que veía avanzar a un verdugo.

Pero los tres buitres que estaban más allá de la puerta la habían puesto allí para que no entrase nadie, prometiéndole una parte del botín, de modo que dijo mimosamente, cortándole el camino:

—Hola, macho.

El contestó con un extraño acento gutural:

—Hola, macha.

—Te has equivocado de puerta, mi amor. Las chicas están a la derecha. Y si quieres animarte antes, puedes ver el cine de la izquierda.

El fulano de las gafas negras dijo:

—Yo sólo me animo con una cosa.

—¿Con algo especial, amor?

—Muy especial.

—Pues Cuéntamelo. Seguro que ya se lo he hecho a otros... O me lo han hecho.

—No, nena.

—¿Por qué no?

—¡Porque esas cosas sólo te las hacen una vez!

Y le hundió el cuchillo directamente en el corazón, apoyándose con su enorme peso en la chica y apretándola contra la pared para que ella no pudiera escapar. Con la mano izquierda, mientras tanto, le presionaba la boca.

Cuando notó que ya se había arrugado por completo, la sujetó por el pelo y la mantuvo así en vilo con su hercúlea fuerza.

Luego abrió la puerta.

Y vio a los tres esbirros.

Vio sus ojos inyectados en sangre.

Vio sus cuchillos.

Algo brilló salvajemente tras las gafas negras, pero ninguno de los tres desertores lo notó. Sólo distinguieron con horror que aquella especie de monstruo llevaba sujeto por el pelo el cadáver de la mujer que hubiera debido protegerles. Los tres se volvieron hacia allí mientras lanzaban un grito de rabia.

Estaban acostumbrados a luchar.

La muerte era su elemento.

Les habían educado para eso.

Pero el hombre de las gafas negras arrojó despectivamente el cadáver contra el grupo, haciéndoles vacilar. Luego arrojó secamente el cuchillo con el que acababa de matar a la chica.

La pesada hoja de acero se hundió hasta el fondo en el corazón de uno de sus enemigos.

Luego disparó su izquierda contra el que le atacaba por aquel lado.

Fue un espantoso golpe de karate, digno de un campeón. El rostro que acababa de recibirlo se desfiguró en un instante. Sus ojos parecieron saltar. Pero eso no fue nada comparado con el que recibió en la nuca.

Todo su bulbo raquídeo, donde está el «árbol de la vida», quedó destrozado.

Cayó como un fardo mientras el tercer hombre lanzaba un chillido de rata acorralada.

No estaba acostumbrado a luchar solo. En el fondo él, como muchos mercenarios, era un cobarde.

Intentó huir.

El de las gafas negras le sujetó por las solapas.

Lo empujó brutalmente con las dos manos.

Hizo que su cabeza estallara contra la pared.

Una vez.

Dos veces.

Tres veces.

La pared se cuarteó a causa de la terrible violencia de los golpes. El gigante soltó al último muerto.

Luego se ajustó un poco mejor sus gafas negras, que habían estado a punto de caerse.

Y miró a Gabriel.

—Largo de aquí —dijo.

—Oiga... u..., usted...

—¡He dicho que largo de aquí!

El destrozado joven no se hizo repetir la orden. Salió tropezando con los muertos. Sólo cuando se hubo convencido de que desaparecía, el gigante de las gafas negras salió también y cerró aquel sótano que, de pronto, se había convertido en un cementerio.

Pero no se alejó de allí.

¿Para qué, si ya había pagado la entrada?

Se metió en la sala de cine y contempló una película de «buenos y malos» que le hizo lanzar un bostezo. Todo aquello lo tenía demasiado visto.

Una chica aceitunada, una deliciosa vietnamita vino hacia él.

—¡Hola! —musitó—. Es la primera vez que trabajo aquí. Buenas noches, macho.

—Buenas noches, macha...

PARIS, 1944

Irene Mecourel sintió que el mundo entero se hundía bajo sus pies cuando supo que su único hijo estaba en Drancy: Lo había sacado fuera de su hogar, donde ella estaba fichada como judía y donde por lo tanto podían detenerla en cualquier momento, para que nada le ocurriera. Y ahora, por uno de esos absurdos azares del destino, ella estaba libre y en cambio su hijo, de sólo cuatro años, había ido a parar al campo de la muerte. A aquella pobre viuda de guerra no le quedaban más que dos caminos. Lo vio con una perfecta y trágica lucidez.

Uno de esos caminos era arrojarse al Sena y morir. Puede que después de la muerte, después del último sufrimiento, se olvide todo.

Otro camino era luchar hasta el fin. Era jugárselo todo y quería morir también, pero con su hijo. Por lo tanto, y llevando la estrella de David en el vestido, como estaba ordenado a todos los judíos, fue a ver a un alto mando alemán de la Gestapo que le había recomendado el patrono para quien trabajaba. Irene Mecourel llevaba todo su dinero, todas las alhajas que aún le quedaban, todo lo que en la casa donde trabajaba le habían podido anticipar.

El de la Gestapo miró todo aquello con desprecio, pero al fin se compadeció. Dijo que por aquella miseria no valía la pena comprometerse y que no iba a sacar al chico de Drancy. Pero que le daría una carta para ser recibida por el jefe del centro de concentración.

Con aquella carta en las manos, la mujer tuvo que esperar tres angustiosos días a ser recibida. Tres días durante los cuales salieron tres convoyes con destino a los campos de exterminio, en cada uno de los cuales podía ir su hijo. Tres días durante los que vio salir las

furgonetas con los ataúdes de los ejecutados sumariamente con un tiro en la nuca. Tres angustiosos e inenarrables días durante los cuales sintió en su carne, en su sangre todas las penas del infierno.

Cuando al fin fue recibida, era un simple cadáver.

Arrastraba los pies al andar.

Su pelo se había vuelto blanco.

Si por un momento había pasado por su mente la idea de usar su atractivo físico para que se le abriera alguna puerta, aquella idea podía definitivamente desecharla. No era más que una pobre vieja, no era más que su propia momia. Cuando se detuvo ante el oficial que estaba en la mesa del vestíbulo, ya no podía ni tenerse en pie.

Nunca olvidaría aquella habitación inmensa, aquella mesa, aquella atmósfera. Y aquellos tres cuadros de Hitler, Laval y Petain que parecían mirarla desde el infinito.

El oficial recogió la carta.

—Ah, sí... —dijo—. Gabriel. Lo recuerdo.

—¿Aún... está aquí?

—Claro... En seguida lo verás.

Y extendió un boletín. Luego otro. Se los tendió los dos.

—Toma.

—¿Qué es esto?

—La orden de libertad para tu hijo.

—Dios mío... ¡Gracias!

—Y la orden de arresto contra ti.

Ella sintió que se le helaba la sangre en las venas.

Aquella última broma macabra no la hubiera esperado jamás.

—¿Es que... que mi hijo sale y yo me quedo? —balbució.

—Pues claro... Contra él no tenemos nada. Ha sido un error.

Contra ti, sí.

—¿Pero si él sale... quién lo va a cuidar? ¡Nadie se arriesga a tener ahora un niño judío!

—Nuestros servicios administrativos lo recogerán —dijo el oficial con indiferencia.

—¿Y lo traerán de nuevo aquí?

El oficial se encogió de hombros.

—Lo que hagan los servicios administrativos no es de mi incumbencia. Bueno, ¿qué decides? ¿Aprovechas la ganga o no? ¡Tengo trabajo!

El devolvió con mano trémula el boletín donde estaba la libertad para su hijo.

—Rómpalo —dijo.

—¿Por qué?

—Esté donde esté, prefiero estar con él.

El papel fue roto. Los crujidos bruscos y casi chirriantes nunca los olvidaría tampoco aquella mujer cuyos pies estaban clavados en el suelo. El oficial se secó con asco los dedos porque se dio cuenta de que el papel estaba manchado de lágrimas.

—Tú lo has querido —dijo—. Que conste que no es cosa nuestra. Hala, toma tu boletín de detención y atraviesa esa puerta.

Hizo sonar un timbre.

La puerta que había al fondo se abrió.

En el umbral apareció un gigante, una mole humana, un coronel de las SS, un hombre que llevaba unas gafas negras.

ATENAS, 1968

La voz de la azafata dijo de una forma rápida y dulce a la vez:

—*Señores pasajeros de El Al con destino a Tel Aviv, pueden subir al aparato. El control se encuentra situado en la puerta número tres... Señores pasajeros de la compañía El Al con destino a Tel Aviv pueden dirigirse a la puerta número tres...*

El joven delgado y alto que se unió al grupo de pasajeros iba vestido con discreción y andaba poco a poco. Tenía entonces veintiocho años justamente. Quizá su salud no resultaba demasiado buena, porque se movía con cierta pesadumbre. Sin embargo eran sus primeras vacaciones de verdad, su primer viaje auténtico al extranjero, y la ilusión brillaba en su cara.

Vio en pista el

«DC-8»

de la compañía hebrea, la que solía tener en Atenas su último punto para repostar ya que no podía detenerse ni en Beirut, ni en Jerusalén, ni en Damasco y mucho menos en El Cairo. Mientras el joven miraba el aparato, sintió que los recuerdos de cosas que había leído se golpeaban en su mente.

El sencillo hecho de que aquel aparato estuviera allí, era casi un milagro. Para eso había tenido que acabalen un baño de sangre la

dominación inglesa sobre el Protectorado de Palestina; había tenido que existir la votación de las Naciones Unidas creando el Estado de Israel; había tenido que soportarse una guerra en 1948 contra todos los Estados árabes coaligados; otra en 1955; otra en 1967, el año anterior. Había tenido que crearse un país de las arenas del desierto, es decir de la nada. Una increíble proeza.

Pero él no se sentía judío, sino francés. Todo esto era historia. Cuando se sentó junto al pasillo en una de las butacas del «DC-8»

no pensó que la historia siempre da vueltas sobre sí misma y por lo tanto siempre vuelve. Empezó a saberlo, sin embargo, cuando aquellos dos hombres armados con pistolas automáticas saltaron al pasillo. Y cuando uno de ellos destrozó la cabeza de una azafata con una bala.

—¡Este avión queda secuestrado! —gritó—. ¡Somos guerrilleras de Al-Fatah! ¡La compañía israelí que usurpa nuestros derechos va a pagar todos sus crímenes! ¡Tú, Ahmed, a los pilotos!

Uno de los dos hombres se lanzó hacia la cabina.

El otro buscó con los ojos un rehén. Siempre conviene estar apuntando a alguien con preferencia, para que los demás se estén quietos sabiendo que pueden correr la misma suerte.

Lo ideal hubiera sido retener a la azafata de clase turística, pero se le había ido la mano al disparar demasiado pronto. Sus ojos se posaron entonces en aquel joven que tenía casi al alcance de su mano, sentado en el lado del pasillo.

—Tú, ven aquí.

El joven se levantó.

Se le notaba asustado. Todo aquello no lo hubiera esperado jamás, porque los secuestros de aviones aún no eran cosa frecuente en 1968. El guerrillero le clavó casi la pistola en la boca mientras mascullaba:

—¿Cómo te llamas?

—Gabriel.

—¿Judío?

—Por parte de... madre.

El guerrillero le golpeó salvajemente en la cara con el cañón, haciéndole caer. Luego, poseído de una especie de frenesí asesino, llevado por una locura que no era capaz de dominar, le apuntó al

centro de la cabeza.

Y el fulano de ciento veinte kilos de peso salió entonces de uno de los lavabos.

Era una mole.

Un tanque.

Un tipo tranquilo. Como los sepultureros.

Ya no debía ser joven. Pasaba bastante de los cuarenta. Pero un fulano que ha nacido con la fuerza de un toro y que siempre se ha entrenado sigue siendo temible después de los cuarenta años. Sobre todo si le han enseñado a pelear en las más selectas escuelas mundiales de la mala baba.

El guerrillero oyó sus pasos.

Se volvió hacia él.

—¡Tú, perro! —gritó—. ¡Quieto!

El hombre de las gafas negras sonrió levemente.

—Perdón —dijo—. No sabía que había novedades aquí.

Y alzó las manos como el que se rinde. Pero su alta estatura hizo que posara los dedos en las tarimas superiores donde la gente había puesto sus equipajes de mano, sus abrigo y sus americanas.

Con un gesto fulgurante arrojó a la cara del guerrillero lo primero que tuvo: un abrigo. Le cubrió por completo la cara mientras se agachaba bruscamente.

Parecía saber por dónde iba a venir la bala.

Y, en efecto, el proyectil atravesó el fuselaje, pero sin llegar a rozarle a él. El guerrillero, desesperado, intentó quitarse de encima aquella cosa que le dejaba ciego mientras disparaba rabiosamente otra vez.

De pronto algo que parecía un hacha le golpeó en la nuca.

No se dio cuenta de que era un tacón de hierro. Porque el hombre de las gafas negras usaba accesorios tan delicados como ése. Usaba también una rodillera de plomo y dos anillos en la mano derecha que estaban formados por mil diminutas agujas y que hubieran destrozado la cara a una estatua de bronce.

El dolor le hizo soltar la pistola. No se dio cuenta de que lo levantaban por los pies como un conejo al que se va a sacrificar.

En aquel momento el otro secuestrador, que había oído los disparos, apareció en la puerta que separaba las dos clases. Lanzó un auténtico aullido al ver lo que pasaba.

Disparó.

Su revólver era un «Magnum» con balas blindadas.

Una cabeza humana hubiera estallado ante el solo roce de aquellos moscardones de plomo.

La bala quedó empotrada en el depósito de agua de uno de los lavabos. Y el dueño del «Magnum» ya no pudo disparar más.

Para él fue una cosa increíble ver volar el cuerpo de su amigo. Lo tuvo encima en cuestión de segundos, mucho antes de que hubiera podido darse cuenta de nada. Los dos rodaron por el suelo.

Uno estaba sin sentido. El otro perdió el revólver.

La azafata de primera clase vino aterrorizada, acompañada por un oficial de vuelo. El avión estaba descendiendo velozmente sobre el mar, como si los pilotos hubieran perdido el control. En aquel momento debía hallarse apenas a dos mil metros.

El hombre de las gafas negras levantó a los dos secuestradores, uno en cada mano, como si no pesaran nada.

Los sujetaba por el cuello igual que dos patos muertos.

—Esa puerta —ordenó al oficial de vuelo.

—Pero... ¿pero qué pretende?

—¡He dicho que abra esa puerta! ¡Estamos a poca altura y no hay peligro de descompresión!

Resultaba imposible desobedecer aquellas órdenes secas, tajantes. Imposible resistir aquella voz que no parecía humana.

La puerta se abrió. De pronto un espantoso chorro de aire penetró en el avión. Todo empezó a bambolearse. Los pasajeros chillaban aterrorizados mientras la azafata caía a tierra.

Pero el gigante de las gafas negras no se movió. Debía estar acostumbrado a todo aquello quizá por haber sido paracaidista en otro tiempo. Lo único que hizo fue mirar a sus dos víctimas.

Éstas chillaban agónicamente.

Trataban de morderle. Pateaban con desesperación, intentando alcanzarle en alguna de sus partes vitales.

El gigante dijo solamente:

—Buen viaje, machos.

Y los arrojó al vacío uno tras otro. Uno de ellos cayó para destrozarse en el mar, pero el otro fue absorbido por uno de los reactores. El espectáculo fue espantoso. Algunos de los que veían aquello perdieron el sentido.

Luego el verdugo volvió a ajustarse las gafas negras.

Con la voz más tranquila del mundo dijo:

—Cierren. Y sírvanme un *whisky*.

Gabriel fue a acercarse a él cuando el otro se dispuso a sentarse solo en la última fila.

Pero el gigante lo apartó de un empujón.

—Tú a tu sitio. Estás de vacaciones.

Y se puso a leer tranquilamente el diario alemán *Die Welt* que llevaba en uno de sus bolsillos. El artículo que mereció su atención se titulaba: «COMO HACER FELICES A SUS SEMEJANTES».

No levantó los ojos ni siquiera cuando unas manos temblorosas le servían el *whisky*. Debía encontrarlo estupendo. Con sólo un cubito de hielo, como a él le gustaba.

PARIS, 1944

Irene Mecourel entró en aquella habitación sórdida más allá de la cual sabía que estaba la muerte. Más allá de aquella puerta había otras que la llevarían a Checoslovaquia, a Polonia o al interior de la misma Alemania, donde estaban los campos de exterminio. Pero nunca, por ningún concepto, podría ya volver atrás. Su destino estaba decidido. La puerta que acababa de cerrarse a su espalda era la última que había visto como mujer viva. Todas las demás las vería como mujer muerta.

Porque eran ya unos muertos los que entraban en los campos de exterminio.

El coronel de las SS le hizo un gesto suave para que pasara, mientras se ajustaba las gafas negras. Era extraño que a ella, una insignificante judía que ni siquiera era bonita, la recibiese un coronel. Un cabo sujetando a un perro carnicero hubiera sido más que suficiente.

—¿Usted es Irene Mecourel?

—Sí.

—Pase.

Ella lo hizo. Quieta en el centro de la pieza, donde sólo brillaba una lucecita casi gris, empezó a desnudarse.

El coronel preguntó:

—¿Qué hace?

—Supongo que van a llevarme a la ducha.

—No, todavía no. ¿Cuál es su edad?

—Veinticuatro años.

—Parece que tenga muchos más. Usted ha venido aquí voluntariamente para ver a su hijo Gabriel, ¿verdad?

Irene se estremeció hasta el fondo de sus castigados huesos.

—¿Gabriel vive? —susurró—. ¿Está aquí?

—Por supuesto. Venga.

La precedió a través de un pasillo donde no había más que puertas de celdas. Un poco más allá se captaba el olor acre, casi nauseabundo, de los cuerpos castigados y hacinados. Irene se estremeció pensando que su hijo, de sólo cuatro años, hubiera tenido que vivir todo aquello.

—Entre.

La habitación era casi confortable.

Parecía la de una clínica para pobres. Pero clínica al fin. Había una sola cama con ropas muy blancas.

Y en ella estaba el pequeño Gabriel.

Gabriel bisbiseó:

—Mamá...

La pobre mujer tuvo que apoyarse en la pared.

Lloraba espasmódicamente.

Durante casi una semana de infierno, en especial durante los tres últimos días, hubiera dado su vida, su honra, su piel a tiras por el simple privilegio de ver a su hijo y oír su voz. Y, sin embargo, ahora que lo tenía ante ella, ahora que lo veía vivo, necesitaba apoyarse en la pared y llorar convulsivamente. No se atrevía ni a mirarlo.

El gigante vestido de negro preguntó:

—Es por el ojo, ¿verdad?

—¿Quién se lo ha... arrancado?

—Ha sido un salvaje —dijo el coronel—. Alguien que hacía experimentos y necesitaba un niño. Pero no crea que yo tolero esas bestialidades en Drancy. Cuando me enteré, hice que instalaran al chico en esta habitación que es una de las que usamos para los propios soldados SS.

Y añadió:

—¡El que cometió esa salvajada con su hijo será debidamente castigado!

Abrió una puerta.

—¡Hans!

La voz había sonado como un trallazo.

Un hombre vestido con una bata blanca encima del uniforme vino arrastrando los pies. Tenía pinta de médico carnicero. Contempló al chico con una mueca divertida.

—Je, je... ¿por qué lo han traído aquí?

Sólo por la expresión del pequeño Gabriel, sólo por su grito de angustia, adivinó la pobre mujer que aquel tipo recién venido era el que le había extirpado un ojo. Tuvo que contener un aullido cuando vio que se acercaba de nuevo a él.

Y entonces el coronel hizo algo que nadie esperaba.

Sacó fríamente su «Luger».

Y descargó ocho balas sobre el hombre que acababa de entrar. La bata blanca se tiñó de rojo. El cuerpo fue saliendo rebotado de un lado a otro de la pieza hasta que acabó clavado en una de las paredes. Luego el gigante guardó la «Luger» con la expresión del que acaba de hacer algo fastidioso, pero necesario.

—Ya le dije que no consentía esas atrocidades —dijo—. Y ahora acompáñeme con su hijo. Por suerte ha llegado usted a tiempo.

—Irene estaba aterrada —balbució.

—¿Puedo... tomarlo en brazos?

—Claro que sí. Lo encuentro muy lógico.

Irene Mecourel, que no hubiera podido sostener entre sus dedos ni un billete de autobús, adquirió sin embargo nuevas fuerzas para sostener a su hijo. Lo levantó y lo cubrió de besos. Lo único que no se sintió capaz de besar fue aquella fosa horrible en que había quedado convertido uno de sus ojos.

El coronel, cuyo nombre ignoraba incluso, la acompañó a otra dependencia de lo que debía ser la sección sanitaria de Drancy. Allí había un quirófano con una mesa de operaciones y también con un sillón parecido a los que usan los oculistas y los dentistas. Un tipo alto y delgado les estaba aguardando.

Irene Mecourel no olvidaría nunca a aquel hombre. No olvidaría su aspecto cortés, sus ademanes reposados, sus ojos fríos. No olvidaría, sobre todo, su mandíbula demasiado cuadrada, demasiado rígida por una sencilla razón: era plata lo que había debajo de la piel. La verdadera mandíbula de hueso se la había

llevado una bala en el frente.

El coronel dijo:

—Le presento al coronel Gottard.

—Lo... lo conozco.

—¿Lo conoce? ¿Dónde lo había visto antes?

—Retratado en la revista *Signal*. Estaba allí como un héroe...

Decían que había aguantado en su hospital de campaña, cumpliendo con su deber, hasta que los tanques rusos llegaron a menos de quinientos metros.

—Y es cierto —dijo el coronel—. Se trata de un héroe, pero lo que aquí nos interesa es otra cosa: sobre todo es un gran científico. El profesor Gottard ha sido decano de Oftalmología en Leipzig. Entiende de ojos humanos y de óptica —de ojos artificiales por tanto— todo lo que se puede entender. En Francia no encontraría usted una eminencia semejante.

Irene estaba segura de eso. Su relativa cultura le permitía saber que Gottard, pese a su juventud, era ya una auténtica eminencia mundial.

—¿El va a atender a mi hijo? —preguntó con voz trémula.

—Claro que sí. Le pondrá un ojo artificial, ya que desgraciadamente el ojo natural no se lo podemos devolver. Pero va a ser una obra de arte, se lo aseguro. Habrá personas que ni siquiera lo notarán.

E hizo sentar al chico.

Luego firmó en un talonario dos órdenes de libertad, una para la madre y otra para el hijo. Las tendió en silencio.

—Mañana podrán irse —dijo—. Quedan libres los dos. Ah... Y recuerde que ese ojo artificial no debe ser cambiado nunca. En cierto modo queda ligado a centros nerviosos del cerebro y su extirpación causaría graves lesiones.

Irene Mecourel estaba llorando.

Fue a besar las manos del gigante cuando éste le tendió juntas las dos órdenes de libertad.

Pero el gigante gruñó mientras las retiraba velozmente:

—Espere al menos a que me las lave. Siempre lo hago, después de matar a un hombre...

CAPÍTULO II

WICHITA, 1974

El agente Nicholson se acarició las solapas de su traje de paisano, que no le acababa de sentar bien, y palpó con su codo la funda axilar que llevaba bajo la americana. Siempre prefería vestir de uniforme, pero desde que le habían pasado a la secreta, una semana antes, ganaba más dinero y hacía servicios más distinguidos. Aunque aborreciera los trajes de paisano, una cosa iba por la otra.

Se acercó al bar.

Las luces rutilaban en la noche:

JOE'S...

JOE'S...

JOE'S...

Un bar como tantos otros. Un bar un poco cascado, un poco viejo, un poco lleno de mugre y de ratas que debían estar viviendo allí desde los tiempos de Franklin Delano Roosevelt. La calle Pionner, de Wichita, por donde cien años antes pasaban las reses en las interminables manadas de Kansas, era ahora una calle puritana, tranquila, con una iglesia, un Banco y una asociación civil a la que sólo iban las viejas. El bar de

Joe's

era el único punto de luz en toda aquella especie de pasadizo mortuorio.

Nicholson entró en él.

No le conocían.

Para eso venía desde Kansas City. Para que ningún perro de los que estaban allí le hubiera echado aún el ojo encima.

Fue al fondo del pasillo.
Allí estaba el cojo Riley.
Tal como se lo habían descrito.
Suave.
Perfumado.
Marica.

Menos mal que un marica con una pata de menos es siempre menos marica que los otros.

Nicholson dijo:
—Me envía Potter.
—¿Potter de Kansas City?
—Ujú.

Potter de Kansas City estaba ya en chirona, pero el interesante minusválido no lo sabía.

—Pague por adelantado —dijo mientras le enviaba una vaharada de perfume «Amour de nuit 1916».

Nicholson ya llevaba los cincuenta pavos por delante.
Sabía que ésa era la tarifa.

—Veo que Potter le dio todos los detalles —dijo el cojo mientras se preguntaba a sí mismo por qué los hombres tiraban el dinero de aquella manera.

Y abrió una puerta.
Nicholson pasó.
Una habitación cuadrada.
Divanes rojos.
Espejos.
Piernas.

Las chicas esperaban en posturas aburridas a que alguien se dignara venir a por ellas. Eran cuatro. Las cuatro jóvenes, bien vestidas, con pinta de universitarias, con cara de hacer todo aquello entre horas, antes de ir a la santa cena familiar en casa.

La *madame* vino hacia él.
Nicholson la midió con los ojos.

Unos cincuenta y cinco. Había sido bonita. Vestía bien. Tenía la expresión severa de las que saben llevar un negocio.

—Buenas tardes —dijo—. Usted es nuevo.
—Sí. Me envía Potter.
—Ya supongo que le envía un amigo, porque de lo contrario no

le hubieran dejado pasar. ¿A quién elige?

Nicholson miró.

Buen «género».

Buenas curvas. Buenos labios gordezuelos y levemente ansiosos. Buenos pinchazos en la fina piel, junto a los codos.

Dijo quedamente:

—Ya he elegido.

—¿A quién?

—Me la quedo a usted.

La *madame* rió. Al principio se tomó aquello a broma. Hasta dio la sensación de que le gustaba.

Pero le gustó menos cuando vio una pequeña «Beretta» en la derecha del recién venido. Cuando vio aquellos ojos duros y crueles que se clavaban en los suyos.

—¿Qué es esto? —balbució—. ¿Un atraco?

La documentación del policía en la mano izquierda le convenció de que no era un atraco o de que al menos no era un atraco como los otros. Alzó asustada la cabeza mientras gemía:

—¿Una pistola para esto? —Y en seguida amenazó—: ¿Pero qué se ha creído? ¿Qué cree que nos va a pasar? ¿Piensa que nos van a condenar a algo más de una multa y quince días de cárcel por promover la prostitución? Al fin y al cabo no es ningún asesinato. ¿O qué se ha creído? ¿Que acaba de descubrir la guarida de Al Capone?

Nicholson negó con la cabeza.

—Por un prostíbulo ilegal más o menos no me hubiera molestado —dijo—. Ni siquiera, aunque las chicas sean menores.

—¿Pues por qué?

Nicholson dijo secamente:

—Porque están drogadas.

Y cerró la argolla sobre una de las muñecas de la mujer, mientras él se cerraba sobre una de las suyas la argolla pareja. Ni una de las chicas se movió. Todas contemplaban aquello como si estuvieran en el otro mundo, como si no hubiera nada que les importara nada.

Nicholson gruñó:

—Oye esto bien, cochina arpía: si una chica se quiere ganar un dólar yo no tengo inconveniente en que haga lo que le dé la gana.

Pero si lo que quiere ganarse es su ración diaria de mandanga, la cosa va me asquea. Me hace vomitar la primera papilla que comí. Porque tú y tus bastardos vais por la Universidad y hasta por las escuelas de enseñanza media a reclutar muchachas que quieran aficionarse a la morfina, a la cocaína, a los sobrecitos de LSD. Y cuando ya están empapurradas hasta la coronilla, cuando ya no tienen remedio, cuando ya necesitan su droga diaria más que la comida, las traéis aquí para que se ganen lo que se les da. Perfecto... Vas a tener que explicar ante un jurado por qué te gusta promocionar tanto la juventud femenina.

Y la sacó a rastras de allí.

La mujer gemía.

Se daba cuenta de que aquello iba en serio. De que era trágico.

Por tráfico de drogas podían caerle veinte años de cárcel.

—Podría denunciar a toda la red... —ofreció—. Podría...

Nicholson esperaba eso, pero puso cara de falsa indiferencia.

—No me interesa —dijo—. En todo caso ya te entenderás con el fiscal del distrito.

Y la sacó de allí.

El nunca bien ponderado minusválido, gritó:

—¡Pero oiga! ...

—¡Haz algo, idiota! —gritó la mujer—. ¡No dejes que me lleve!

—¿Y qué voy a hacer? ¡No puedo darle ni una patuda!

Y se quedó meditando sobre las injusticias de este mundo.

Nicholson hizo una seña al llegar a la calle. Un coche que parecía estar averiado a poca distancia se arregló de pronto. El hombre que lo conducía vino hacia allí.

—¿Ya la tienes?

—Claro que sí. Arrea con ella.

Los tres subieron.

El hombre delante conduciendo.

Nicholson y la *madame* detrás.

Wichita era una llanura interminable. Wichita era en aquella zona un pozo negro. Wichita era...

De pronto el camión distribuidor les cortó el paso. Era una enorme cisterna, una mole pintada de rojo. Sobre la superficie brillante se leía: «DISTRIBUCION DE INFLAMABLES JOE MCKINLEY».

El conductor tocó el claxon mientras asomaba la cabeza por la

ventanilla.

—¡Eh! ¡Apártese de ahí! ¿No ve que taponas la calle?

El camión se fue apartando poco a poco. Les dejó justo el espacio para pasar. A fin de evitar una roca entre las carrocerías, el vehículo pequeño avanzó en primera.

Estaba encajonado.

Y de pronto Nicholson vio la manga.

—¿Qué es eso? —masculló.

No lo imaginaba.

Caso de imaginarlo hubiera chillado de horror, pero al menos ahora tuvo esa suerte. No reventó de miedo hasta el último momento. Sólo cuando se dio cuenta de que la manga estaba conectada al interior del tanque y de que la manejaba un hombre aulló mirando al conductor:

—¡Sal como puedas, maldito!

El otro dio gas.

Inútil.

El chorro de fuego les envolvió. Penetró por las ventanillas. Los destruyó. Los aniquiló. Los deshizo. El calor infernal penetró hasta la última molécula de sus cuerpos.

Era el infierno.

Estaban siendo víctimas de un lanzallamas.

El coche era una bola de fuego.

Un infierno en el que los aullidos se mezclaban al estallido de las ruedas.

Al reventar de los cilindros y la conducción de aceite y agua.

El camión se alejó. Había maniobrado con tal habilidad que parecía como si el golpe hubiera sido ensayado cien veces. Apenas unos segundos más tarde desaparecía en la carretera general que lleva a Abilene.

El coche incendiado estalló.

Se convirtió en mil pavesas.

En humo.

En sangre.

La onda expansiva fue tal que hasta el letrero luminoso que parpadeaba

JOE'S...

JOE'S...

JOE'S...

se partió en cien pedazos.

Lástima, porque hacía bonito en la calle.

CAPÍTULO III

El general Haggerty descendió del coche color miel, un «Mustang» último modelo cuya carrocería impecable brillaba a la luz. Se acercó al silencioso cinturón de policías que rodeaban el lugar de la tragedia.

En el centro no había más que los restos calcinados de un coche. Apenas el chasis y poca cosa más. La «poca cosa más» eran unos restos humanos sobre los que ahora trabajaban dos médicos.

Rugan, federal más viejo que él, se volvió.

—Ya ves —dijo—. Era un asunto de la policía del Estado.

—¿Quién lo llevaba?

—Nicholson.

Haggerty respiró hondo, a pesar de que aún se captaba por las cercanías un ingrato olor a carne quemada.

Era un tipo de considerable estatura. De considerables puños. De considerable violencia cuando se ponía a actuar.

Pero nadie lo hubiera dicho viendo su expresión más bien tranquila, amable, casi dulce.

—Conocía a Nicholson —dijo—. Le habían ascendido como quien dice hace una semana.

Y miró el bar. Conocía bien aquello por haberlo visto en fotografías. Una ráfaga de viento hizo que el eterno polvo de la llanura de Wichita le diera en los ojos. Parpadeó.

Era el viejo Oeste. Casi le gustaba aquel viento.

—Ese bar era el sitio donde estaban las chicas —dijo—. Tráfico de drogas. ¿Pero por qué los mataron a todos de esa forma tan salvaje? ¿Quién estaba sobre aviso? ¿Qué hay detrás?

—Demasiadas preguntas —dijo Rugan—. Puede que te las contesten en el infierno.

—Entonces iré allí.

—Yo te diré adónde vas a ir. Quiero todos los antecedentes de este caso, en especial los de la dueña de la casa. Ya sé que aquí no podrás averiguar gran cosa, pero en los archivos federales tal vez sí. Quiero que lo hagas personalmente. Éste es un cochino, un puerco asunto en el que voy a llegar hasta el fin. ¿Sabes qué ha dicho desde Washington el jefazo supremo cuando le he telefoneado hace unos momentos?

—Que nos muramos todos —gruñó Haggerty.

—Aparte de eso.

—¿Qué ha dicho?

—Quiere que encargue de esto a mi mejor agente, y mi mejor agente eres tú mientras no se demuestre lo contrario.

—Se demostrará muy pronto —dijo Haggerty con un gesto de pesimismo—. Desde hace no sé cuánto tiempo, no hago más que pifiarla.

—Pero sigues siendo lo mejor que tengo, aunque estés lleno de basura hasta el cogote. Yo te diré lo que vas a hacer: ve a Washington y mira en los archivos personalmente. Esto ha de tener a la fuerza unas raíces muy antiguas. Quiero que lo averigües todo y lo lledes a tu manera. Como federal, tienes jurisdicción en todo el territorio de Estados Unidos. Si hace falta actuar en el extranjero, te proporcionarán un mandamiento de la Interpol. O documentos falsos si es necesario. Nunca hemos tenido problemas con eso.

Haggerty cabeceó pensativamente.

—Y pensar que éste era un simple asunto de drogas como tantos y tantos en este país... —susurró—. ¿Por qué lo atribuyeron a la policía del Estado?

—Fue uno de los clásicos conflictos entre nosotros y las policías locales —dijo Rugan—. En apariencia los hechos estaban ocurriendo dentro del Estado, por lo que correspondía actuar a los agentes de aquí. Pero una de las chicas había sido traída a la fuerza desde California, lo cual convertía el asunto en un secuestro de persona. Demasiado sabes que cuando el delito afecta a más de un Estado, intervenimos los federales. Y cuando hay una red de drogas también. Pero de momento parece que todo estaba en manos de Nicholson.

Haggerty alzó una mano con cansancio.

—Descanse en paz —dijo—. Le saldrá barato al Estado.

—¿Por qué? —Gruñó Rugan.

—Porque no habrá que pagarle ni un ataúd. Sus restos caben en una escupidera.

Y volvió la espalda. Otra vez el viento de la llanura le dio en la cara.

Subió al «Mustang» y pensó que en aquella tierra un caballo hubiera sido mejor. Pero cerró los ojos para olvidarlo.

Tenía que estar en Washington antes de que amaneciera.

* * *

El hombre que penetró en el Departamento de Justicia, cerca de la Casa Blanca, iba perfectamente vestido y tenía un aspecto fresco y descansado, a pesar de que no había dormido prácticamente en toda la noche. Se dirigió a los gigantescos archivos, controlados por computadoras, donde es posible obtener en pocos segundos datos que en otro lugar requerirían horas, y se puso a trabajar. De la *madame* muerta abrasada en Wichita sólo tenía un documento acreditando que se llamaba Úrsula Patterson, pero el documento seguramente era falso.

Partiendo de aquel simple dato, estuvo revisando cosas en el departamento toda la mañana. Al menos una docena de veces hubo de deshacer una historia que ya creía tener completa. Al fin, basándose especialmente en las listas de las personas que habían obtenido la ciudadanía americana en los últimos años, consiguió saber algunas cosas concretas acerca de la mujer muerta.

Supo, por ejemplo, que se llamaba Úrsula Padow. Por consiguiente su nombre falso se acercaba mucho al nombre real. De ese modo, en caso de apuro, siempre le quedaba la posibilidad de atribuirlo todo a un error.

Supo además que era rusa.

La cosa aquí se hacía más complicada.

¿Por qué diablos había venido una rusa a Estados Unidos?
¿Espionaje?

No parecía fácil. La historia tomaba otros derroteros.

Porque lo último que se sabía de aquella mujer era una simple sospecha: que había trabajado para los alemanes en París durante la ocupación de Francia.

Haggerty chascó dos dedos.

De momento no podía conseguir más.

Aquella misma noche tomó el avión de Air France para París, cargando el importe del billete al Departamento de Justicia. Éste, normalmente, no repara demasiado en gastos cuando se trata de una investigación importante, y siempre es una investigación importante la que está relacionada con las drogas y el espionaje. Sobre todo si, en medio de ese mejunje, un policía ha muerto quemado vivo.

Haggerty llegó a París a la mañana siguiente y desde Orly fue a un hotel supermoderno en la rué Saint Jacques, cerca de la siniestra prisión de la Santé. Era el

P. L. M.

Durmió toda la mañana, porque lo estaba necesitando, y a continuación fue a la Embajada de su país. Consiguió una credencial para que le dejaran investigar en ciertos archivos de la policía francesa.

Tampoco tuvo dificultad en ello. Hacia las seis ya estaba encerrado entre montañas y montañas de ficheros que podían decírselo todo o podían no decirle nada.

Con los datos que tenía, consiguió antes de medianoche reconstruir algo más de la vida de Úrsula Padow. En las dichas relaciones con actividades de la Gestapo estaba su fotografía, naturalmente con muchos años menos. Había sido bonita. Y su historia era simplemente una cochina historia de las que tanto se prodigaron durante la Segunda Guerra Mundial en el campo de los perdedores.

Úrsula había sido novia de uno de los oficiales rusos del general Vlasov, el que se pasó a los alemanes y combatió junto a ellos hasta la toma de Praga por los soviéticos. Ella había seguido a aquel oficial por diversos lugares del Este de Europa hasta que el avance del Ejército Rojo se hizo incontenible y se vio con claridad que la guerra estaba perdida. Con la particularidad de que si los rusos la atrapaban le iban a hacer ver las estrellas (o algo peor), mientras que si la atrapaban los occidentales era muy posible que la dejaran en libertad.

Por lo tanto, a finales de 1943, Úrsula se trasladó a París, que aún estaba sólidamente en manos alemanas, puesto que ni siquiera

se había producido la invasión de Europa. Una vez allí es posible que tratara de pasar desapercibida, de ser una mujer como las otras esperando el final de la guerra.

Narices.

La guerra no perdona a las gentes con historia. Los alemanes tenían su ficha y le exigieron colaboración si quería vivir en Francia. Por otra parte, y según los relatos de los archivos, tampoco a ella le había sido eso muy difícil, puesto que ahora ya no era la novia de un alto oficial ruso blanco, sino la novia de un alto oficial alemán negro.

Es decir, de un SS.

Haggerty tuvo que acudir a las fichas que hablaban del viejo centro de concentración de Drancy para encontrar de nuevo el rastro de Úrsula Padow. Por lo visto, el íntimo amigo de Úrsula era un SS que «trabajaba» en Drancy y se había especializado en tratos brutales a los prisioneros, fueran del sexo y de la edad que fueran. La ficha de aquel monstruo estaba llena de horrores, y en ella había una anotación de aquel tiempo que decía: «BUSCADO POR LA RESISTENCIA PARA MUERTE INMEDIATA».

Pero la Resistencia no lo había encontrado. Existía un dato posterior.

La misma ficha decía por qué: «MUERTO POR UN SUPERIOR EN EL PROPIO CAMPO DE DRANCY. SEPULTADO ADMINISTRATIVAMENTE EN UN HOYO DE CAL VIVA».

Haggerty arqueó una ceja.

Buen final para el monstruo.

Pero lo que el federal no sabía aún era que una de las salvajadas de aquel tipo había consistido en arrancar un ojo a un niño de cuatro años. Y menos podía saber que el ejecutor a pistoletazos del monstruo en cuestión —el que luego ordenó enterrarlo en un hoyo de cal— era un fulano alto, enorme, que en aquella época tenía el grado de coronel y siempre usaba gafas negras.

No, eso no figuraba en la ficha.

A partir de entonces, según pudo ver Haggerty, el rastro de la mujer se perdía por completo. La última anotación decía: «FUGITIVA DE DRANCY. BUSCADA POR LOS ALEMANES COMO DESERTORA». Ése era el fin. Claro que lo que no sabían los alemanes podía saberlo ahora Haggerty. O al menos podía adivinarlo.

Úrsula Padow había logrado permanecer oculta en París hasta la entrada de los aliados. Había logrado crearse una personalidad falsa, liándose quizá con algún oficial yanqui. No había que olvidar que en aquella época era muy bonita y sabía hacer el amor en bastantes idiomas. Había conseguido llegar a Estados Unidos, donde su pista se perdía durante tiempo y tiempo. Al fin había alcanzado la nacionalidad norteamericana y había reaparecido en aquel oscuro burdel de Wichita, en aquel antro donde a muchachas menores de edad se las prostituía a cambio de su ración de droga. Ése era el fin.

Haggerty dejó caer su última ficha.

No podía creer que aquella terrible muerte, aquella liquidación por medio de un lanzallamas tuviera por motivo un simple ajuste de cuentas entre traficantes de mandanga. Ni la cosa era tan importante ni el burdel clandestino daba para tanto. Además los traficantes de drogas tienen mucho cuidado en una cosa: procuran no matar jamás a un policía. Saben lo caro que eso cuesta.

Por lo tanto debía haber algo más, algo que quizá venía del fondo del viejo tiempo. Haggerty salió como un fantasma del enorme edificio de los archivos y se deslizó hacia la rué Saint Jacques. Los pensamientos le torturaban. Sabía que no iba a poder desentrañar una historia que en realidad había empezado casi treinta años antes.

Pero consiguió dormir gracias a una buena ducha y un *whisky* doble obtenido en el armario frigorífico que había en la misma habitación. Al mediodía telefoneó a los archivos del FBI en Washington.

Allí eran apenas las siete. Los primeros empleados se habían puesto al trabajo poco antes. Pero le pudieron comunicar quién era el fulano que había entrado en Estados Unidos con Úrsula Padow cuando ella ingresó en el país.

—Era un teniente llamado Clarkson, un agente de Intendencia. No hay en la ficha nada de especial, ni siquiera un hecho de guerra. Parece que era el clásico tripero. Trajo a la chica y obtuvo un permiso provisional de residencia para ella, basándose en que iban a casarse. Luego lo hicieron, pero más tarde vino el divorcio, una vez ella había conseguido la nacionalidad americana. Eso es todo lo que dice aquí.

—Quizá diga algo también sobre el rastro del tal Clarkson —

sugirió Haggerty.

—Hay una nota según la cual regresó a Europa. Seguramente a París porque era la única ciudad que él conocía bien. Sí... Tuvo que ser a París. Hay aquí anotada una petición de la policía francesa pidiendo datos de Clarkson por supuesta conducta desordenada.

—¿Qué clase de «desorden»?

—Explotación de mujeres.

—¿O sea el clásico macarra?

—Con todas las letras, macho.

—¿Dónde vivía entonces Clarkson, según la policía francesa?

—En la rué Pigalle.

—Era lo lógico —gruñó Haggerty—. ¿Qué mejor sitio podía elegir?

Y colgó.

Por fortuna, en los archivos del FBI se anota todo, absolutamente todo. Hasta las veces que uno ha sido sorprendido queriendo meterle mano a la mujer del jefe.

Para Haggerty se abría una difícil búsqueda, pero la inició. En sus manos tenía un hilo quebradizo y que podía romperse en cualquier momento, pero debía tirar de él. En consecuencia se dirigió a la zona de Pigalle-Rochechouart-Blanche.

La conocía relativamente bien.

Era muy distinta de la solitaria Wichita. En la zona había negras de la Martinica, mulatas de las Islas Vírgenes (nacidas allí por pura coincidencia, sin que el nombre tuviera nada que ver con ellas), pálidas irlandesas y hasta alguna sucia mora. Había también chorizos alemanes, macarras italianos, matones negros y hasta algún marica turco. No faltaba de nada. Aquello era lo que se dice promover el turismo.

Pero se corría poco peligro, sin embargo, y Haggerty lo sabía. Resultaba mucho más siniestra la soledad de las noches en las ciudades americanas. De modo que se metió en todos los tugurios, repartiendo propinas aquí y allá.

Al fin pudo saber algo de Clarkson.

Ya no le llamaban Clarkson, sino «tío Sam».

Era un viejo medio podrido que trabajaba de algo así como encargado general en un bar de la rué de Beaux Arts, bar frecuentado por una colección de chicos ansiosos y por una

colección de chicas antillanas. Era uno de los clásicos sitios de la zona de Pigalle donde se podía conseguir con más facilidad un ligue.

Haggerty entró allí.

Llamaba la atención.

Ninguno de los clientes tenía su planta. Ni su fortaleza. Ni el bulto del revólver chato metido bajo la solapa.

Una maciza portorriqueña se acercó a él.

—Es el destino —dijo.

—¿El destino?

—Sí. Seguro que me buscas a mí. A la Olga.

Las portorriqueñas están entre las mujeres más guapas de América. Haggerty lo sabía.

Pero lamentó no poder comprobarlo.

—No te busco a ti, nena. Lo siento.

—¿Pues a quién?

—A Oncle Sam.

—No será porque te guste, ¿eh, so bestia?

—Ni pizca.

—Pues tienes alguna vieja cuenta con él. Eso debe ser.

—Quizá.

Olga hizo un gracioso guiño.

—No trabaja ahora aquí, sino arriba. Ya debes saber que esto es también un hotel. Pero no puedes entrar solo.

—Claro...

—Ven conmigo y de paso hablas con Oncle Sam.

—Ujú.

Era un buen programa. Si cada vez que uno busca una pista se encontrara con una señora tan succulenta, los hombres nos dedicaríamos a buscar pistas desde un par de días después de nuestro nacimiento. Y aun los dos primeros los dejaríamos en blanco solo para no causar mala impresión.

—Ven.

Era una mujer alta, contoneante. Las escaleras vibraban bajo su paso. El viejo hotel olía a madera carcomida, a alfombra deshilachada, a baño que no funciona, a ropa lavada sólo una vez al mes. Olía a París *tel comme on*

l'aime

. Olía a amor barato.

Oncle Sam debía ser el viejo que olisqueaba un periódico inglés en uno de los rincones. El periódico inglés era *The Guardian*. Haggerty lo imaginó años atrás, cuando entró en París como un libertador, como uno de los campeones de la nueva era. Pero hasta los campeones se van pudriendo poco a poco. Hasta los campeones acaban quedando quietos en un rincón y revientan en silencio.

Dirigió a Olga una mirada perdida. En Haggerty ni siquiera se fijó.

—Me paga luego —dijo.

La chica tiró del federal.

—Perfecto —dijo—. Y también hablas con él luego.

—Me temo que lo de ese tipo sea más urgente, nena.

—¿Es que tienes prisa por estropear la noche?

—Hace años que no estropeo nada —dijo Haggerty.

—¡Pues a mí no me importaría ser tu víctima! —dijo ella—.

Hala, vamos.

Penetraron en la habitación. Los muebles eran viejos. Cien años de historias secretas parecían ocultarse en ellos.

—Bueno... —dijo la chica—. ¡Viva la libertad!

Y fue a quitarse las dos o tres prendas que le impedían ser libre.

Pero en aquel momento se abrió la puerta.

Fue un seco golpe.

Y Haggerty lo vio como en una alucinación.

Vio al tipo enorme en el umbral.

Como una mole siniestra.

Vio su mandíbula cuadrada.

Vio sus gafas negras.

CAPÍTULO IV

Haggerty tuvo bruscamente la sensación de que recordaría aquello como una extraña pesadilla, como una visión irreal, quizá como un sueño macabro. Pero todo eso no le impidió llevar la derecha a la funda pistolera mientras gritaba a la chica:

—¡Apártate!

Su instinto le había dicho que aquel tipo era un hijo de perra. No necesitó ni siquiera ver la enorme pistola que sostenía, una pistola cuyo cañón era tan ancho como el tubo de una alcantarilla.

Pero la chica no lo entendió. Pensó por un momento que aquel fulano era un *voyeur*, un buitre de los que espían a las parejas. Le gritó:

—¡Vete a ver funcionar a tu tía, so marrano!

Ya no pudo decir más.

Sin darse cuenta se había situado delante de Haggerty, y la bala de gas venenoso que iba destinada a él se le introdujo en la garganta. El ácido cianhídrico de que estaba llena le estalló en plena vena carótida.

La muchacha no gritó. Las balas de gas matan más instantáneamente que las de plomo. Sólo giró sobre sí misma mientras se llevaba angustiosamente las manos a la garganta.

Entonces el gigante de las gafas negras se dio cuenta de que acababa de fallar. El no necesitaba para nada una víctima de aquella clase. El había venido a por Haggerty y ahora las cosas se le estaban complicando.

No era joven, ni mucho menos, pero sus movimientos tuvieron la agilidad y la perfección de los de un comando. Parecía como si aquel tipo se hubiera entrenado toda la vida para esto. Antes de que Haggerty pudiera sacar el revólver, ya había desaparecido por el

lado derecho de la puerta.

Haggerty dio un terrible salto.

El también era un comando. Y de los que saben matar hasta con una simple tarjeta de crédito.

Vio el vestíbulo.

Vio *el* The Guardian.

Vio la sangre.

Uncle Sam también tenía el impacto de una bala de gas en el cuello, una bala que le había silenciado para siempre. Sus ojos estaban desencajados. Su expresión asombrada le había acompañado hasta más allá de la muerte.

Haggerty se dio cuenta instintivamente de eso: de que la expresión del muerto no era aterrorizada, sino *asombrada*. De que antes de morir había visto a un tipo al que conocía... ¡y del que no debía esperar la muerte!

Quizá alguien que en otro tiempo fue amigo suyo. O cuyo retrato vio cuando vivía con Úrsula Padow.

Otro tiempo...

La sensación de que la madeja era inextricable atormentó a Haggerty mientras giraba sobre sus tacones con la velocidad del rayo. Sabía que no podía matar al hombre de las gafas negras so pena de acabar con la única pista que tenía, con la única boca que era capaz de hablar. Pero una buena bala en el cuerpo no se la quitaba nadie.

Por desgracia el hombre ya no estaba allí. Había descendido las escaleras como un rayo. Haggerty se lanzó hacia abajo.

Vio que la puerta oscilante aún se movía.

La empujó.

E inmediatamente lanzó una brutal maldición.

Se pegó a la jamba con la rapidez del rayo.

El

«R-16»

estaba detenido ante la puerta. El hombre de las gafas negras iba al volante. Pero no parecía tener prisa en arrancar.

Antes el otro tenía que hacer el «trabajo».

Y el otro disparó. Envío al aire todo el chorro de balas de su metralleta, buscando la cabeza de Haggerty. La puerta quedó totalmente desvencijada. Los cristales se convirtieron en polvo.

Y también se hubiera convertido en polvo la cabeza de Haggerty caso de no haber saltado éste con tanta rapidez. Pegado a la jamba, no dejó a los plomos ni el margen más pequeño para alcanzarle. Algunas esquiras le afeitaron materialmente, pero eso fue todo. De pronto, con la misma rapidez con que había empezado, la macabra sinfonía cesó.

Alguien aulló en alemán:

—¡No le has dado, idiota!

El fulano de la metralleta salió del vehículo. Aún le quedaban cinco o seis balas. Sabía que su enemigo estaba acurrucado a un lado de la puerta y que no iba a poder huir. Pensó que era fácil.

Y tan fácil.

Morir siempre lo es.

La bala del revólver de Haggerty le alcanzó en la mandíbula cuando el fulano apenas había dado un paso. El plomo blindado le atravesó de parte a parte. Todo el cuerpo salió despedido hacia atrás, hacia el

«R-16»

que se ponía bruscamente en marcha.

El de las gafas negras acababa de darse cuenta de que ya no tenía ayudante. Pero no debió lamentarlo demasiado.

Emitió una risita.

Diríase que aquello le gustaba.

Envío a través de la ventanilla dos proyectiles más con su pistola silenciosa. Las balas de gas estallaron en la fachada, sin rozar a Haggerty. Eso fue decisivo, porque las caricias de esa clase de proyectiles no perdonan ni aunque a uno le alcancen tan sólo en el dedo meñique.

El motor aulló mientras el coche subía hacia Pigalle. Entre las chicas que esperaban y entre los curiosos que merodeaban por allí hubo una desbandada. Haggerty envió dos balas al pavimento para que rebotaran en las ruedas.

No hubo suerte.

El coche llegó a Pigalle.

Haggerty lanzó una maldición.

En aquel momento un fantástico «Mercedes» 430 pasó por delante suyo. Era un último modelo succulento, era un bombón. Y la chica que lo llevaba era un bombón más último modelo todavía.

Miró a Haggerty.

Fue a acelerar.

Haggerty metió materialmente el cañón del revólver por la ventanilla.

—Frena o te la juegas, chata.

—Pero...

—No te preocupes. Te pagaré la noche.

No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que la chica era una profesional de las que cuestan una montaña de francos. Un «Mercedes» así no lo tiene cualquiera. Muchas elegantes francesas usan hoy esos últimos modelos no sólo porque tienen dinero, sino porque así impresionan al cliente y lo dejan más mondado. Y porque con tales bólidos, si hace falta, puede una escapar fácilmente de un coche de la policía que se haya empeñado en hacer una batida por la zona.

Ella dijo con la mayor serenidad:

—Mil francos.

—Son tuyos, chata.

Haggerty depositó un montón de billetes sobre su falda. Ella no los contó. Ni los cajeros de los Bancos tenían su «ojo clínico». Dijo:

—Bienvenido al paraíso, macho.

—Me vas a tener que dejar el volante.

—Ése es un juegucito que no sabía.

—Todo se aprenda, pequeña.

—Ahora va a resultar que soy una inocente...

—Seguro que sí.

—Tú vas a conducir. ¿Pero yo qué hago mientras tanto?

—Reza.

Y Haggerty arrancó.

Con gusto hubiera hecho bajar a la preciosa «vamp», porque no estaba dispuesto a que corriera peligro, pero eso hubiera significado perder unos segundos preciosos, ya que la niña no estaría dispuesta a separarse de su coche y armaría una escena. De modo que bajó lo poco que quedaba de Beaux Arts, atravesó Pigalle como un rayo y se metió por la calle que lleva el mismo nombre. En dirección prohibida.

El

«R-16»

también bajaba por allí.

Ya había dejado hecho una pastilla a un
«4-L»
que subía.

Un
«DS-21»

les tuvo que esquivar a los dos subiéndose a la acera. Un motorista entró por un escaparate.

Era el de una tienda. El dueño dijo, sencillamente:

—Elija, elija...

Haggerty apretó los dientes mientras daba gas. Sufrió un bandazo terrible e hizo subir a la acera a un viejo «Simca» aparcado. Luego patinó. Quedó cruzado sobre el asfalto húmedo para no matar a un ciclista.

El
«R-16»

ya estaba al final de la calle.

Su motor no podía compararse con el del «Mercedes», pero su conductor llevaba una cierta ventaja y parecía decidido a aprovecharla como fuese. En aquel momento descendía a toda velocidad hacia la rué des Martyres y la rué de Saint-Lazare.

El golpe contra Haggerty había fallado, pero aquel tipo no estaba dispuesto a dejarse atrapar. Mientras doblaba hacia Saint-Lazare asomó la cabeza y sacó la pistola sin dejar de conducir con una maestría increíble.

El «Mercedes» estaba a unos cincuenta metros.

La chica musitó:

—¿Esto qué es? ¿Un ajuste de cuentas entre maricas?

Pronto se convenció de que, en todo caso, aquel ajuste de cuentas era una cosa seria. La bala de gas, no tan sólida como las otras, cuarteó el parabrisas sin llegar a atravesarlo. Una nubecilla vaporosa se expandió por delante del coche.

Era ácido cianhídrico, el mismo que se emplea para matar en las cámaras de gas de Estados Unidos. Sólo con respirarlo un momento ya se podía producir la muerte casi instantánea.

Por supuesto, Haggerty no respiró, y la chica tampoco lo hizo, como si le hubiera adivinado el pensamiento. Desde la rué de Saint-Lazare, el «Renault» dobló locamente por la rué Clichy.

El «Mercedes» le iba dando alcance. Aunque el hombre de las gafas negras conducía como un diablo, su motor no era tan potente.

De pronto viró a la derecha.

Allí estaba la rampa de un *parking*.

Un «Peugeot» bajaba.

Y de pronto subió.

El «Renault» lo había empujado hacia arriba a causa de su terrible velocidad. El «Peugeot» giró sobre la rampa y salió aparatosamente fuera de ella, pasando por encima de la barandilla metálica. Fue a dar sobre una hilera de coches estacionados, por encima de cuyos techos siguieron las ruedas girando.

Un motorista que también salía dio una vuelta de campana. No se mató gracias al casco. La moto fue a proyectarse contra el «Mercedes» que venía embalado.

Salió despedida por los aires.

Rebotó en el «Renault».

Y acabó estrellándose en una sección aparte, a la derecha del *parking*, donde un gran cartel anunciaba: «SALDOS».

Los dos bólicos acababan de entrar en aquel recinto lleno de coches. La valla delante del «Recoja su *ticket*» ya había saltado mucho antes.

El empleado aulló:

—¡Eh! ¡Que van en dirección prohibida!

No le quedaron ganas de decir más cosas. Tuvo que meterse casi dentro de un parabrisas para evitar ser arrollado.

Un «Fiat 132» venía en aquella dirección. Iba a chocar de frente con el «R-16».

El «132» es un coche mucho más duro. Aunque frenó violentamente, la embestida se hizo inevitable.

Los dos quedaron medio empujados uno en el otro, pero fue el «Renault» el que recibió. Quedó materialmente deshecho en su parte delantera. Mientras tanto, por detrás, ya llegaba el «Mercedes» aullando.

Y Haggerty no se molestó en frenar.

La chica se había puesto el cinturón de seguridad. Por lo menos era precavida. En cuanto a él, encogió el cuerpo preparándose para lo que se avecinaba.

Tenía que dejar seco al tipo de las gafas negras. Lo capturaría vivo o muerto. Ya no le importaba acabar con él. Estaba rabioso.

Embistió de lleno la popa del «Renault». Éste quedó materialmente convertido en un sandwich barato. Era imposible que un tipo que estuviera dentro de aquella chatarra saliese de allí con vida.

Pero el fugitivo ya no estaba dentro de la chatarra. Era increíble su agilidad, pese a que se trataba de un hombre mayor. Su experiencia de cien peleas debía haberle aconsejado en cada momento lo que tenía que hacer. ¡Y lo había hecho!...

Su cuerpo acababa de salir despedido un poco antes del choque.

Rodó por entre los coches aparcados.

El del «132» saltó hacia él. Era un hombre ágil. La rabia brillaba en su rostro.

—¡Perro maldito! —gritó.

Haggerty lo vio todo como en un breve fogonazo.

El de las gafas negras estaba en el suelo. Se dio cuenta de que podía ser capturado.

La pistola envió una nueva bala de gas.

Se produjo un chasquido.

El hombre del «132» giró sobre sí mismo. En su rostro se dibujó una mueca de espantosa incredulidad. Cayó junto a una rueda mientras de su boca escapaba una bocanada de sangre.

Haggerty envió una rociada de balas.

Pero su enemigo ya no estaba en el mismo sitio. Acababa de desaparecer entre una serie de ruedas que estallaron casi al unísono, produciendo una colección de ensordecedores estampidos.

La chica gritó:

—Bueno... ¿y el «Mercedes» qué?

—Peor está ése —dijo Haggerty señalando al muerto.

—¡Pero ahora no voy a hacer negocio con los hombres!

—¡Ponte en una esquina, mujer! ¡Si tienes tú mejor carrocería que ese trasto!

Y fue detrás del gigante de las gafas negras. Éste ya había desaparecido en el recinto donde se hallaban los servicios de engrase.

Estaba haciendo descender los raíles elevadores, encima de los cuales descansaba una furgoneta. Cuando Haggerty llegó allí, la

furgoneta cubría completamente a su enemigo.

El federal envió dos balas.

Éstas atravesaron la plancha.

Pero el vehículo iba cargado hasta los topes y los proyectiles no pasaron más allá. Inmediatamente Haggerty se dio cuenta de que iba a perder la pista.

Lanzó una maldición.

Dos balas le acariciaron la mejilla. Ahora su enemigo disparaba con un calibre 38. La pared quedó desconchada mientras una pareja que estaba haciendo un importante trabajo dentro de un coche se ponía a chillar. Saltaron materialmente de los asientos, gracias al susto mientras alguien gritaba:

—¡Me rindo! ¡Me rindo!...

Haggerty ni siquiera les oyó.

Volvió a disparar, pero ahora por debajo de la furgoneta. Demasiado tarde se dio cuenta de que su enemigo ya se había escabullido de allí. Como hombre entrenado en peleas callejeras, era una maravilla.

Lo vio saltar sobre los techos de dos automóviles que quedaron abollados. La próxima bala de Haggerty le rozó la cabeza.

Un «Simca 1200» salía entonces. Era el del tipo que se había rendido.

Gritó mientras daba gas:

—¡No volveré a este sitio tan escandaloso!

Y en aquel momento una bala destrozándole la mano derecha le hizo frenar. Lanzó un aullido de dolor insoportable mientras su cabeza chocaba contra el parabrisas.

Vio entonces confusamente al hombre de las gafas negras.

Vio su cara de mala uva.

Su revólver de mala uva.

Y sus manos de mala uva que lo sacaron de allí como un fardo. El gigante dijo con una voz gutural:

—La chica puede quedarse. Necesito un rehén.

Y se puso al volante mientras el pobre tipo rodaba por los suelos. El «Simca» hizo dar dos vueltas a un pequeño «Innocenti» que obstruía la rampa. Dos balas de Haggerty se cargaron el cristal posterior, pero el federal dejó de disparar al darse cuenta de que podía matar a la muchacha que iba en el vehículo.

El fugitivo se las sabía todas. Y no tenía inconveniente en emplear un rehén para proteger su huida.

Haggerty bajó su arma. Hizo un gesto de hastío mientras pensaba que la noche había acabado rematadamente mal.

Lo curioso era que no lo pensaba por los muertos, sino por la mulata. No había podido tocarle ni un dedo. Y eso que estaba más rica que el presupuesto del Pentágono...

CAPÍTULO V

La habitación era cuadrada.

Tenía moqueta gris.

La chica era redonda.

Tenía medias negras.

La cama era ancha.

Conservaba todavía las huellas y el calor del cuerpo femenino.

Ella, mientras se ajustaba un poco la falda, dijo con voz somnolienta:

—Me has hecho esperar demasiado, Haggerty. Me dijiste que vendrías a media tarde.

El miró de soslayo a la joven cortesana, a la mujer bien cotizada, a la muñeca de lujo. Miró a la experta de veintiséis años que cobraba tres mil francos por sesión y a la que, sin embargo, los tres mil francos apenas importaban nada.

—Anoche tuve un lío —dijo el federal, con voz opaca.

—Sí, ya sé. Lo he leído en los periódicos. Un terremoto en Montmartre. Supongo que fuiste tú.

Haggerty chascó dos dedos.

—He hecho bastantes investigaciones en las últimas horas —dijo —, aunque sin resultado. —Al final he pensado que me convenía acudir a ti.

—¿Por qué a mí? Yo no soy más que una zorra con la piel de plata. Para acariciármela, me tienen que untar bien. Cobro tres mil francos por fiesta, ¿hace?

—No, nena, no hace. Tú sabes de sobra a qué he venido, y sabes mejor aún que en realidad tu oficio te hace conocer secretos que nadie más sabe. Y que esos secretos los vendes de manera habitual al que mejor paga. El que mejor paga por ahora es el gobierno del

Tío Sam.

Ella pasó una pierna por encima del brazo de la butaca, ofreciendo una sensacional perspectiva.

Pero en vista de que la exhibición no hacía efecto en su visitante (a lo peor era marica: ahora no sabe una con quién se juega los cuartos) susurró:

—No creas que tu gobierno paga tan bien como eso. Especialmente para las que estamos a sueldo fijo. Los cinco mil francos del último mes aún no los he visto.

Haggerty le puso los billetes sobre la mesa.

Los había cobrado en la Embajada aquella mañana pensando precisamente en la visita que tenía que hacer.

—Toma. Ahora el presidente Ford no te debe una gorda. Dime si sabes algo acerca de este tipo.

Y dibujó hábilmente una imagen de cuerpo entero y otra de la cara del tipo al que había perseguido la noche anterior. Las facultades de Haggerty como dibujante eran notables, y además estaba entrenado para aquella clase de trabajos que solían resultar muy útiles. El resultado fue un parecido asombroso.

La chica esbozó una leve sonrisa.

—Tengo una vaga referencia sobre ese tipo —dijo—. Me parece que conozco al que lo conoce.

—¿Quién es el que lo conoce?

—No te voy a dar ahora las fuentes de mi información, federal de las narices, porque seríais capaces de utilizarlas vosotros y dejarme sin jubilación cuando cumpla los treinta años, es decir cuando sea vieja. Pero mañana puedo darte noticias frescas sobre ese tipo. O mejor, hoy mismo. Puede que tenga visita.

—¿Visita? ¿Quién?

El que me informa. ¿Quién va a ser?

—¿Es un médico?

—También podría ser un abogado. O un arquitecto. O un masajista. No sabes tú cómo se han puesto las cosas últimamente, nene.

Haggerty retiró silenciosamente los dibujos que había hecho y los quemó.

—No conviene que lleves eso encima —dijo—. Puede ser dinamita.

—Ya he supuesto que era dinamita desde el principio, pichón. No enviarían a un federal a París si no hubiera algo gordo de por medio. Además a ese fulano de las gafas negras le conozco vagamente. Si es el que pienso, he oído contar de él cosas espantosas.

Y se pasó una mano por el cuello, como imitando el tajo de la guillotina.

Haggerty la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Me podrás dar informes esta noche? —preguntó.

—Puede, pero antes voy a acostarme un poco. Siempre duermo la siesta, ¿sabes? Va bien para la belleza. Una tiene que cuidar su facha, su carrocería, su tipo. No sabes tú lo que desgasta esto.

Y luego preguntó con una sonrisa:

—¿Y tú? ¿No cuidas tu facha? ¿No te preocupas del escaparate?

—También suelo dormir la siesta —dijo Haggerty—. Aunque la última la hice por equivocación en un depósito de cadáveres.

—Pues te debiste aburrir la mar...

—No creas —dijo Haggerty—. Era verano, y al lado de uno de ellos se estaba la mar de fresquito.

Y se dirigió hacia la puerta.

—No me gusta el humor negro, nene —gruñó ella—. ¡Hay que ver! ¡Con lo calentita que estoy yo!

Haggerty, que ya iba a salir, lo pensó mejor y volvió al interior de la habitación mientras susurraba:

—Bueno... ¡Puesto que es el Tío Sam el que paga!...

* * *

La preciosa muñeca de alto precio, la ninfa de los consejos de administración, la amante secreta de más de un banquero inflado a deudas, descendió de su lujoso apartamento en la Avenue Wagram y fue al *parking* del mismo edificio. Tenía allí a su disposición un «Maseratti» rojo. Lo sacó, con mano hábil, se dejó engullir por el intenso tráfico de los Campos Elíseos y acabó deteniéndose en otro *parking* que estaba detrás de la Madeleine, y donde hasta la mujer de la ventanilla, que era «unisex» sacó la cabeza para ver su fantástica exhibición de piernas.

Luego la mujer se introdujo en un discreto edificio gris que estaba a pocos pasos. Era uno de esos edificios que tienen la misma

facha en París que en Ginebra, edificios de la alta burguesía donde se fabrica el dinero seguro, el dinero para toda la vida.

Se detuvo ante una puerta acolchada cuya plaquita decía: «DOCTOR RENAUD. ODONTOLOGIA».

Una enfermera alta y elegante le abrió.

Ella no la había visto nunca.

—Pedí hora al doctor Renaud —dijo la ninfa—. ¿No está hoy la señorita Mistelle? ¿Es usted su sustituta?

—En efecto. La señorita Mistelle tiene vacaciones hoy. Tampoco podrá ver al doctor Renaud; lo siento. Pero el doctor Wellington, su socio, la atenderá gustosamente.

La ninfa hizo un gesto de desagrado.

Malditas las ganas que tenía ella de tocarse una muela.

Pero necesitaba fingir o quizá aquella arpía que estaba de sustituta notaría algo extraño. Renaud era una magnífica fuente de información, pero nadie tenía ni que imaginarlo siquiera. Para eso tenía que aparentar que su visita allí era puramente profesional. Además, en la llamada, ella había dicho que era una cosa urgente.

—El doctor Renaud vendrá de todos modos —dijo la enfermera—. Pase a la consulta y luego puede aguardarle.

—Bien...

La ninfa pasó. Tenía problemas con la dentadura, como casi todo el mundo, pero de momento no necesitaba para nada un dentista. Pensó decirle al desconocido doctor Wellington que quería sólo un repaso de rutina porque el dolor se le había calmado ya.

Wellington resultó ser un hombre ya muy mayor. Tenía un raro aspecto de científico distraído, de sabio pasado de moda. Pero más rara era aún aquella mandíbula cuadrada, tan completamente cuadrada que parecía artificial.

Ella ignoraba que realmente lo era.

Que era una mandíbula de plata.

Aquel hombre le tendió la mano con suavidad mientras decía:

—Permita que me presente. Soy el doctor Wellington, socio del doctor Renaud. Supongo que alguna vez le habría hablado de mí.

—Pues no, no me habló nunca.

—Bueno, tampoco es extraño, puesto que yo suelo ocuparme del consultorio de Londres. Siéntese, por favor. Abra la boca. ¿Dónde le duele?

—Era un premolar, pero ya no me duele. Ha pasado. Sólo necesito una inspección rutinaria a ver qué le parece a usted.

El hombre de la mandíbula de plata examinó lentamente aquella boca abierta ante él y que había hecho las delicias de tantos hombres. Pero eso no parecía importarle en absoluto. Dijo con voz casi plañidera:

—Lo tiene mal. Hoy le habrá dolido muy poco, pero dentro de unos días se pondrá a rabiar. Crea que lo siento. Ya que está aquí podría hacerle un pequeñísimo repaso en el esmalte que se le está perforando. Es un momento.

Como ella tenía que esperar a Renaud, se encogió de hombros.

—De acuerdo, pero quiero anestesia —dijo.

—Por supuesto, aunque sea tan poquita cosa. Espere.

Se volvió de espaldas y cargó la jeringuilla. Luego hundió la aguja con gran maestría en las encías de la muchacha.

Ésta quedó quieta. Muy quieta. Sólo tuvo de repente una violenta contracción en el iris.

Luego su cabeza cayó a un lado. El hombre le proyectó la luz de lleno en ellos, pero no hubo en las pupilas la menor contracción.

La puerta se abrió entonces.

El gigante entró.

Cara de mala baba.

Puños de campeón.

Gafas negras.

Su pregunta fue la mar de piadosa:

—¿Ha reventado? —Gruñó.

—Sí. El veneno era fulminante.

—Hemos hecho bien en seguir a Haggerty. Así hemos sabido que iba a ver a esta pájara, que es una confidente muy conocida. Y luego hemos interceptado la llamada telefónica a Renaud.

—¿Dónde están Renaud y su auténtica enfermera?

—Los he metido en dos cubos de basura que hay en la entrada de servicio —dijo—. Irán al triturador directamente.

—¿Y ésta?

—Con ésta pienso hacer algo especial.

Y la sacó del sillón con una mano mientras le desgarraba el vestido. Vio su piel que aún estaba tibia, vio las líneas rotundas de su cuerpo.

—Lástima —dijo—. Se parece a una judía que me gustaba.

—¿Y qué pasó con esa judía?

—¡Uy! Me ocupé en seguida de su porvenir. Ascendió mucho. La hice inspectora de hornos crematorios...

CAPÍTULO VI

El tratamiento especial que pensaba dar al cuerpo de la ninfa se puso en práctica muy poco después. Un veloz «Ford Capri» robado aquél mismo día en el Bosque de Bolonia se detuvo durante diez segundos escasos ante la puerta de la Morgue. Un hombre muy delgado y con la mandíbula cuadrada lo conducía. Otro de corpulencia impresionante, que llevaba gafas negras, iba en el asiento de atrás.

La portezuela se abrió. Y un cuerpo salió disparado.

La chica rodó al pie de las escalinatas grises, bajo la fría lluvia. Hizo una delicada exhibición de su ropa interior, de sus muslos de categoría, de sus senos poderosos que le salían por entre el vestido roto. Lástima que eso ya no tuviera importancia, lástima que ella no se diera cuenta.

Varios curiosos la rodearon en seguida.

El fino barro y la fina lluvia que arrastraba los gases de combustión de miles y miles de automóviles, la mancharon en seguida.

Los curiosos se amontonaron allí.

Alguien que la conocía advirtió mientras intentaba apartarlos:

—¡Cuidado, muchachos! ¡No miréis! ¡Por esta exhibición aún os cobrará mil francos!...

El teléfono sonó a dos pasos de la cabeza de Haggerty.

La cama aún estaba caliente.

Aún olía a mujer joven.

Aún se desprendía de ella esa sensualidad misteriosa de las camas que no son como las otras, de las camas con historia.

La voz dijo:

—Haggerty.

Era una voz de mujer.

—Hola, nena —dijo cansinamente Haggerty—. Bienvenida a este rincón del infierno.

—Me acaban de enviar desde Washington.

—¿Para qué?

—Por si me necesitas.

—Yo no necesito estrechas, nena.

—¿Y anchas?

—A veces sí.

—¿Estás en su cama?

—¿De quién? —preguntó él con inocencia.

—¿De quién va a ser, macho?

—Bueno, sí... Me he tendido en su cama, pero con buena intención. Sólo para probarla. Algo hay que hacer mientras la espero.

—Pues no la esperes más, Haggerty.

—¿Cómo que no? ¿Por qué?

—Hace muy poco la han lanzado ante la puerta de la Morgue.

Y al otro lado del hilo colgaron. Haggerty dio un salto. De pronto aquella cama perfumada le parecía un panteón. Tenía la sensación de que estaba espantosamente fría.

A continuación obró con rapidez.

Una salida en tromba del apartamento.

Un guantazo al tipo que quería birlarle el ascensor.

Una salida en tromba de la casa.

Un guantazo al tipo que quería birlarle el taxi.

Una salida en tromba del taxi ante la Morgue.

Un guantazo a...

—Perdone —dijo Haggerty—, no me había dado cuenta de que lleva un muerto.

Segundos después estaba ante el cuerpo de la mujer a la que había amado aquella misma tarde. Estaba ante sus ojos vacíos, sus brazos rígidos, su vientre terriblemente quieto. Estaba ante la nada, ante ese abismo sin nombre que Haggerty no había querido comprender nunca.

A Elaine la habían instalado en una sala olivada porque el Tío Sam repartía también muchas propinas en la Morgue. No estaban allí más que él y la agente Nadia. La enviada aquel mismo día desde

Washington.

Haggerty dijo secamente:

—Informa.

—La arrojó un «Ford Capri». Lo conducían dos hombres, uno de ellos con gafas negras. Alguien anotó la matrícula, pero no sirve de nada. El coche había sido robado poco antes en el Bosque de Bolonia.

—¿De qué ha muerto?

—Veneno en una encía.

—Eso indica que... —Haggerty apretó los puños violentamente

—. ¡Bueno, infiernos, ahora lo entiendo! ¡Ella tuvo que ir por fuerza al consultorio de un dentista!

—Hay tantos en París que jamás darás con él. Olvídalo.

Haggerty la miró recelosamente.

—¿Por qué te han enviado desde Washington? —murmuró.

—Ya te lo he dicho; por si necesitabas ayuda.

—Bueno, por lo menos me has dado el informe a tiempo. ¿Cuánto te pagan ahora?

—Mil al mes.

—¿Sabes cuánto cobraba la respetable difunta? Yo sólo te hablo del gobierno yanqui. Pasaban de los seis. Y con lo que sacaba de lo demás tenía casa en Saint Tropez, apartamentos en París e inversiones en las playas de Córcega. ¿Tú qué tienes?

—A mí no me han matado aún.

—Je, je... No creas que a ella la han matado porque fuese una prójima cara y distinguida, sino porque estaba sobre una buena pista: El día que estés sobre una buena pista te matarán a ti también aunque hayas hecho votos en la Congregación de San Vicente de Paúl. Hemos trabajado diez veces juntos y nunca te he rozado aún la mano derecha. ¿No lo lamentas?

—No creas que yo tengo el distinguido oficio que tenía ésa. Con perdón.

Y le cubrió la cabeza con la sábana.

En aquel momento se abrió la puerta de la sala reservada. Allí sólo eran introducidos los cadáveres de los policías muertos en acto de servicio o los de ciertas personas que no interesaba se mezclaran con las demás. Dos hombres enfundados en batas blancas empujaban una mesa en la que yacía un bulto rígido cubierto por

una sábana.

Nadia se volvió hacia ellos.

—Me parece que se han equivocado —dijo.

—¡No, no hay ningún error! —musitó uno de los hombres con una sonrisa—. De momento hemos de colocar este cadáver aquí. Luego lo retiraremos.

—Bien.

Acabaron de entrarlo.

Haggerty ni se fijaba en ellos.

Hizo mal.

Porque estaba absorto mirando a Elaine y uno no debe distraerse con las mujeres bonitas nunca, y menos cuando están muertas.

De pronto, el «bulto» cubierto por una sábana se levantó.

Llevaba una «Luger» remetida entre las piernas. Hasta entonces la había tapado con las manos también para que no formase bulto bajo la sábana.

Y apretó el gatillo rabiosamente mientras los dos tipos que venían con él sacaban también sendas «Browning» de debajo de sus batas blancas.

Aparentemente aquello tenía que ser una masacre. La habitación era pequeña. No había refugios para Nadia ni para Haggerty. Éstos no esperaban el ataque.

Por lo tanto solo podían hacer una cosa:

Rezar por sus almas.

Y Haggerty lo hizo.

Rezó por las almas.

No por la suya.

Por las de los otros.

En el fondo Haggerty era un buen hombre. Tenía días en que era hasta un chico fino.

Cuando se dio cuenta de que la sábana se alzaba, actuó con una rapidez diabólica. Se situó bajo la mesa de mármol que servía de lecho al cadáver de Elaine, mientras tiraba salvajemente de una mano de Nadia.

Ésta rodó también.

Los dos quedaron bajo la mesa.

Los proyectiles alcanzaron a Elaine.

Le hicieron bailar el último baile en París.

El último tango.

La lanzaron de la mesa.

Destrozaron su precioso cuerpo.

Pero a Elaine ya no le importaba lo que hicieran con ella. Ya no la afectaba el último ultraje de los hombres.

Al caer cubrió todavía más a Haggerty.

Éste disparó por debajo de la mesa.

Tenía un revólver chato. Era un revólver con una mala uva sensacional, con una baba negra que hasta le oxidaba los agujeros del cilindro.

Uno de los tipos de la bata blanca también sintió una repentina afición por el último tango. Brincó contra la pared mientras lanzaba un alarido que debió dejar aturridos hasta a los «clientes» de la Morgue.

El «muerto» lanzó una maldición.

No veía nada.

Fue a saltar de la camilla.

Y de pronto volvió a caer sobre ella.

Formidable sitio.

Porque ahora sí que estaba muerto de verdad. La bala le había penetrado por encima del párpado izquierdo.

El tercero intentó correr hacia la puerta.

Se sentía acorralado cuando verdaderamente debió ser él quien acorralase. Disparó al azar contra la mesa de mármol, haciendo que el plomo rebotara en todas direcciones, en una especie de enloquecedor baile.

El revólver de Haggerty vomitó plomo otra vez.

Seguía teniendo una mala baba impresionante. Quizá era por la postura de Haggerty, situado en un plano inferior, pero el caso fue que la bala alcanzó al pistolero.

Se oyó un aullido estremecedor.

Aquel tipo resbaló por tierra.

Ya no tuvo fuerzas para disparar, pese a que no estaba muerto. Pero después de la espantosa herida, que había destrozado los grandes vasos sanguíneos, estaba seguro de que moriría.

Haggerty dijo a Nadia:

—He tenido suerte.

—¿Por qué? —susurró ella.

—¿Y lo preguntas? Porque te he tocado la mano derecha...

Y se lanzó a fondo hacia un sitio que no era la mano derecha.

Ella lanzó una imprecación.

Haggerty gruñó:

—¡Nena, qué arisca eres! ¡Podías respetar la última voluntad de un muerto!...

CAPÍTULO VII

Porque Haggerty estaba seguro de que un poco más allá se encontraba la muerte, pero él no podía elegir. Saltó hacia la puerta, tras haber expulsado el bloque de seis cartuchos gastados de su revólver y haber introducido otro de seis balas intactas.

Pero también tomó algo más.

Un bisturíafiladísimo de una de las mesas.

Aún estaba manchado de rojo.

Había servido para una autopsia poco antes. Era basura de primera clase. Era infección pura.

Y lo lanzó contra el hombre que estaba un poco más allá.

Aquel tipo vestía elegantemente y llevaba una metralleta japonesa, pero no había visto aún a Haggerty. Le pareció increíble que aquel tipo que salía como un bólido fuera él. Suponía que Haggerty tenía que estar muerto.

Se convenció de que estaba equivocado cuando aún no había llegado a apretar el gatillo.

La punta del bisturí le rasgó el cuello de lado a lado. Fue una «autopsia en vivo», si es que las autopsias en vivo pueden hacerse. También el aullido debió escucharse hasta el otro lado de la Morgue.

Y el tableteo ya inútil de la metralleta, porque aquel tipo había disparado con el último estertor.

Y el impacto de las balas en el techo.

Haggerty se volvió rabiosamente.

Para su revólver de mala baba era un día grande.

Sus ojos lo vieron entonces.

Enorme.

Negro.

Con las gatas oscuras sobre los ojos.

Sus dientes rechinaron.

Desde el fondo de su odio sintió sin embargo un principio de admiración hacia aquel tipo porque era el enemigo más duro, más implacable que había tenido. Y también, a su manera, el más valiente. Pese a que ya no era joven, el muy maldito tenía un savoir faire que helaba la sangre.

El federal masculló:

—Buenas vacaciones en el infierno, hiena.

Esta vez lo tenía. Disparó a matar. Le envió una bala.

Pero el gigante debía adivinar el camino de las balas, porque se apartó aun antes de que Haggerty disparara. Chocó contra una mesa y dio una vuelta en el aire. Su agilidad era asombrosa para la edad que tenía.

Y no se andaba con remilgos.

Envío un regalo hacia el sitio donde estaba Haggerty.

Un pildorazo.

Una bomba de piña cargada con metralla de primera calidad. Haggerty la vio venir mientras sus dientes producían un crujido.

No tenía más que una protección.

Un muerto encima suyo.

Por fortuna, en la sala general donde estaban ahora, existían muertos de sobra. Y el cadáver que pareció saltar sobre él tenía un buen peso. Haggerty lo había impulsado con una rapidez instantánea.

La bomba estalló a pocos pasos.

El único que no se enteró fue el muerto.

Voló lo que quedaba de su pelo.

Saltó su dentadura postiza.

Haggerty tuvo que abrir la boca para que la onda expansiva no le produjera una conmoción mortal. Luego se deshizo del cadáver que ya no le servía como pantalla.

El gigante estaba huyendo.

Haggerty apuntó. La tenía en el punto de mira.

A la nuca.

Pero el gigante de negro alzó una mesa en su huida, cuando volaba hacia la puerta. La mesa le cubrió la cabeza. Estalló en ella la bala que iba hacia su nuca.

Luego saltó hacia el ascensor donde subían dos fiambres.

Los sacó con un doble movimiento que hubiera causado la admiración de un carcher. Uno de los muertos tropezó con Haggerty, que venía lanzado.

Era una vieja.

Haggerty lanzó una maldición.

Envío una rociada de plomo contra las puertas del ascensor, pero éstas ya se estaban cerrando. Los impactos las convirtieron en un colador. El hombre de negro se agachó instantáneamente.

El federal se lanzó de cabeza hacia una de las ventanas.

Necesitaba llegar abajo antes que él.

Los cristales solemnes y esmerilados, puestos allí desde la época de Poincaré, saltaron hechos pedazos. El cuerpo de Haggerty salió despedido en una trágica pirueta. Las escaleras grises vinieron al encuentro de su cabeza.

No supo ni siquiera cómo pudo resistir aquello.

Esta vez había jugado demasiado fuerte.

Su frente pareció estallar contra las losas de granito. La sangre empezó a manar de su nariz y de uno de sus párpados. Todos sus huesos produjeron un chasquido siniestro, como si fueran a convertirse en bolas de billar. Durante algunos segundos que le parecieron interminables, no vio absolutamente nada.

Mientras tanto el gigante vestido de negro no había salido por allí, por donde esperaba Haggerty. Tenía otro plan. Instantes después se había tendido en una camilla y era sacado por dos cómplices en una ambulancia.

Era al revés.

Las ambulancias, allí, siempre traían muertos. La que ahora se largaba debía llevarse a un resucitado, porque de lo contrario no cabía otra explicación.

Uno de los conserjes, ante cuyas narices había pasado el vehículo como una exhalación, gritó:

—¡Ya se ve que hay crisis, ya, maldita sea! ¡Ahora va ni en la Morgue se queda la clientela!...

CAPÍTULO VIII

Nadia se estiró la falda, muy modosita, para que no se le vieran las turgentes curvas de las rodillas. Luego musitó, mientras graduaba la inclinación de la pantalla:

—Se llama Otón Plank. Era coronel de las SS en 1944. Entonces acababa de ascender. Una gran carrera.

Haggerty se tocó un momento la nariz, que aún le dolía espantosamente.

—¿Qué edad tenía entonces? —murmuró.

—Veintiséis.

—¡Imposible!

—Te parece muy joven para ser coronel, ¿verdad?

—Tan joven que me resisto a creer ese dato.

—Pues no te extrañe tanto, porque hay antecedentes. El as de la aviación alemana, Galland, era general a los treinta años. Durante las guerras en que muere mucha gente, los que están abajo suben con rapidez. En 1944, los alemanes ya no tenían a demasiada gente de valía. Por eso no es extraño que un hombre como Otón Plank llegara casi a la cúspide.

Haggerty hizo un gesto indicando que se resignaba a admitir como cierto aquel dato. Por otra parte, resultaba lógico que Plank fuera muy joven en 1944, pues ahora, treinta años después, conservaba una fuerza y una agilidad envidiables. Encendió un «Pall-Mall»

y miró a través de la ventana gris tras la que se divisaban las primeras luces del alba. Habían estado horas y horas compulsando datos, pero llevando Nadia la tarea principal porque era la más ordenada en ese aspecto. Bruscamente Haggerty se dio cuenta de que hacía frío en aquella habitación de hotel cercana al Sena, desde

la que se divisaban las casas viejas y la colina de Suresnes.

«¡Y pensar que el conserje cree que yo estoy durmiendo con esta chica!» —gruñó para sí mismo.

Ella siguió explicando:

—En París era uno de los jefes del campo de concentración de Drancy, desde donde los franceses capturados por la Gestapo y los colaboracionistas eran enviados a las zonas de exterminio. Por esa razón Plank fue condenado a muerte en rebeldía, pero no se le capturó jamás. No se ha podido comprobar que participara de manera directa en los asesinatos, pero eso poco importa. De un modo u otro, enviaba a la gente a morir.

—Continúa.

—No se sabe dónde estuvo después de la ocupación aliada, pero se supone que contaba con buenos amigos. Tampoco debió faltarle dinero. La verdad es que no se volvió a saber de él durante años, hasta que un tipo de sus características apareció matando de una forma espectacular a dos secuestradores árabes en un avión que acababa de despegar de Atenas. Todo esto lo he obtenido de viejas fichas y de una oficina de recortes de Prensa.

—Para eso siempre has sido muy ordenada, Nadia. No se te escapa ningún detalle. Pero dime si has podido averiguar cuáles fueron las últimas misiones de ese hombre en el campo de Drancy.

—Quizá alguien debía saber eso, pero los únicos testigos han sido eliminados. Por ejemplo Úrsula, que podía saberlo por medio de su amante. Su amante, como viste en las fichas, era una bestia humana que torturaba incansablemente a los presos en Drancy. Alguien lo mató y lo hizo sepultar en un hoyo de cal. Ese alguien, según he podido saber, fue el propio Plank.

Haggerty asintió pensativamente.

—Supongamos que Úrsula supo algo por ese fulano antes de que lo mataran. En ese caso la obsesión de Plank debía ser encontrar a Úrsula, y acabó encontrándola cuando ya vivía en la lejana Wichita. Su muerte originó la de Nicholson e indirectamente hizo que interviniera el FBI, de modo que ahí Plank se equivocó de medio a medio. No debió provocarnos jamás. Pero también Uncle Sam, el que había sido marido de Úrsula en Estados Unidos, podía saber algo si ella se lo contó. Y acabó con una granada de gas casi metida en la boca.

Haggerty se daba cuenta de que todo aquello era lógico, pero faltaba la raíz, faltaba el origen. La pregunta que uno tenía que hacerse era ésta: ¿Por qué razón empezó? ¿POR QUE?...

La habitación estaba llena de fichas que ella había traído en su cartera.

El aire se había vuelto irrespirable a causa del humo de los cigarrillos. Eso y el sueño les quemaba los ojos.

Haggerty musitó:

—Necesitaríamos encontrar el origen de todo. Necesitamos saber qué es lo que ocultan.

—Hay algo que quizá no tenga sentido, Haggerty. Ya sé que es una tontería, pero lo he encontrado en un recorte de Prensa que en los archivos tenían colocado con todo lo que se refería a Plank.

—¿De qué se trata?

—De su juicio, cuando le condenaron a muerte en rebeldía. Hubo una serie de acusaciones que helaban la sangre, y nadie defendió a un monstruo como Plank, excepto, cosa curiosa, una mujer judía. Esa mujer judía se llamaba Irene Mecourel. Se presentó ante el tribunal para decir que Plank no era un criminal: que había salvado a su hijo de la muerte e incluso le había hecho colocar por un experto un ojo artificial para sustituir el que un verdugo le arrancó. No me extrañaría que ese verdugo fuera el amante de Úrsula, al cual mató Plank. El que acabó en un hoyo de cal viva.

—De modo que un niño... Es curioso que Plank tuviera ese rasgo de humanidad tan repentino... ¿Y sabes el nombre del pequeño?

—Sí: Se llamaba Gabriel.

—¡Infiernos, pues tenemos un dato! ¡Quizá vive aún en París! ¡Y su nombre completo y dirección estarán en los archivos de la Resistencia! ¡Vamos allá!

Estaba amaneciendo aún, pero Haggerty ya pensaba ponerse a trabajar. Estaba en la puerta cuando se detuvo. Se dio cuenta de que en las oficinas aún no encontraría a nadie.

—Tenemos que esperar cerca de una hora —musitó—. ¿Por qué no la aprovechamos, Nadia?

—¿En qué? —preguntó ella con falsa ingenuidad.

—En hacer calceta.

—Justo —murmuró ella mientras volvía la espalda—. Me estoy haciendo, con un poco de lana, algo que me voy a poner cada vez

que tenga que reunirme contigo.

—¿El qué? —preguntó ansiosamente Haggerty, pensando que allí detrás había una promesa.

—Una bufanda; cada vez que te veo, me quedo helada —dijo ella con voz opaca.

Y se quedó tan tranquila.

CAPÍTULO IX

Gabriel salió de su casa a las ocho en punto y se dispuso a abrir la puerta del pequeño «Simca 900» que había dejado estacionado muy cerca. Ahora Gabriel ya era un hombre de casi treinta y cinco años, alto, delgado y serio, que repartía su tiempo entre el departamento de contabilidad de un Banco y el cuidado gratuito de los enfermos en un hospital de infecciosos de París. Tenía una mujer tímida como él y un hijo que de momento decía que quería ser contable de un Banco y luego cuidar enfermos. Posiblemente el hijo, dentro de unos años, se iría a perseguir negras a Madagascar, pero eso el chaval no lo había descubierto todavía.

Haggerty ya sabía todo eso.

Lo había averiguado en los archivos de la Resistencia poco antes.

Lo que no conocía aún era el paradero de Irene Mecourel, la madre.

Cuando Gabriel abrió la portezuela se encontró con aquel revólver chato que le apuntaba a la cabeza. Gabriel no sabía aún que aquél era el revólver de la mala uva.

—¿Quién es usted? —musitó.

—Me llamo Haggerty, muchacho, y llevo esperándote cerca de diez minutos. Me temo que hoy vas a llegar tarde al trabajo.

—¿Pero..., pero qué quiere?

—Entra. Al fin y al cabo es tu coche, ¿no?

Era imposible resistirse a la amenaza de aquel revólver y a la voz metálica de Haggerty. Gabriel entró y se situó ante el volante maquinalmente. Su mano temblaba cuando dio contacto.

—¿Adónde quiere que vayamos?

—Ante todo quiero ver a tu madre.

—Perfecto, amigo. Nada más fácil.

—Y dio gas para salir a buena velocidad hacia el norte. Poco después llegaban al cementerio de Montmartre.

Allí, ante una cruz con flores frescas que se notaban renovadas constantemente, Gabriel suspiró:

—Aquí está. Dígale lo que quiera. Supongo que se van a hacer grandes amigos.

Haggerty se mordió el labio inferior. No contaba con que Irene Mecourel, la mujer que tanto sufrió, podía estar muerta. Hizo un gesto de disculpa, como diciendo: «¡Un federal no puede saberlo todo!», y susurró:

—¿Cuándo?

—Ahí tiene la fecha. Hace un año.

—Está bien, Gabriel: Usted me podrá decir lo que su madre me debía haber dicho. Ante todo debo decirle que no tengo jurisdicción aquí, pero defendiendo una causa justa: soy un agente del FBI.

Y le mostró su credencial. Gabriel no la miró apenas.

—No creo en la justicia de los federales —dijo con una triste sonrisa, mientras se persignaba ante la tumba de su madre.

—Los hay peores. Y sólo quiero que me diga usted una cosa, Gabriel: ¿ese ojo de cristal que lleva se lo puso Plank?

—No me gusta hablar de eso.

—Le ruego que me lo diga. Insisto en que es lo único que quiero saber.

—De acuerdo... —Él se mordió el labio inferior—. Yo no puedo precisar nada en mi memoria, pero mi madre siempre decía que me salvé gracias a un hombre llamado Plank. Lo malo es que jamás he vuelto a verle. Me hubiera gustado darle las gracias.

Haggerty le mostró el dibujo-robot que él mismo había hecho. Gabriel lo miró asombrado.

—Dios santo... —balbució.

—¿Lo reconoce?

—¿Cómo que si lo reconozco? ¡Este hombre me ha salvado la vida dos veces!

—¿Cuándo?

—Una vez cuando me secuestraron unos desertores de la Legión, en Marsella, en 1958. Diez años más tarde me la volvió a salvar cuando unos palestinos intentaron hacerse con un avión que iba a

Tel Aviv.

Haggerty miró a aquel hombre, con creciente interés. Todos los datos concordaban, todo iba haciéndose más claro y diáfano para él... excepto el motivo. El primer y definitivo «¿por qué?».

—¿De modo que le protege? —murmuró, mientras su cerebro se ponía a zumbir como un enjambre de abejas enloquecidas.

—Ahora hace años que no le veo, pero ya le he dicho que en aquellas dos ocasiones me salvó la vida.

—Entonces tiene interés en usted. En que esté vivo... ¿Pero por qué? ¿Cuál es el secreto? ¿Existe algún lazo familiar entre los dos?

Gabriel rió amargamente.

—No... ¿Qué relación va a existir? Es absurdo...

—¿Su madre?...

—Por favor, no la insulte. Mi madre no había visto jamás a ese hombre hasta que entró en el siniestro campo de Drancy.

Haggerty volvió la cabeza. Estaba tan desorientado que no sabía qué pensar. Pero había una serie de cosas claras, y una de ellas era el interés de Plank por mantener viva a su antigua víctima. ¿Cuál era la razón?...

—Gabriel —dijo—, siento haberle molestado. Le ruego que no diga a nadie que hemos hablado usted y yo.

—¿A quién se lo voy a decir? No voy a reuniones, no hablo con nadie jamás... En mi vida hay una especie de amargura que me impide participar en las cosas de los otros. ¿Sabe qué pienso a veces? Que morí a los cuatro años y que mi voz de ahora es como una lejana voz de mi cadáver de entonces. Pero ésas son cosas que sólo uno entiende. Buenos días, señor Haggerty. Y si se acuerda de rezar, rece por mi madre. Ella quería que su país de usted fuera un gran país, pero quizá se quedó con las ganas. Le deseo suerte.

Volvió a persignarse y se alejó.

Haggerty se le quedó mirando largo rato, con los ojos clavados en la nuca de Gabriel, hasta que éste desapareció por completo.

Luego musitó:

—Bueno, por fortuna no nos ha visto nadie...

El hombre de las gatas negras preparó entonces su fusil con mira telescópica desde la próxima esquina del cementerio. Dijo al hombre que estaba al volante del «Volkswagen»:

—En cuanto yo le parta la cabeza en cuatro pedazos arranca...

CAPÍTULO X

La cabeza de Haggerty se recortaba perfectamente en la cruz del anteojo. Plank sabía que no iba a fallar. Con un soplo de voz que sólo él llegó a captar dijo:

—Revienta...

E hizo fuego.

La bala rompió el parabrisas.

Por poco le casca a él.

Se llevó por delante la cabeza del chófer.

Éste lanzó un grito de horror.

Fue la última cosa que hizo en esta perra vida.

Luego cayó de bruces sobre el volante. Los dientes de Plank rechinaron mientras sus ojos se desorbitaban sin comprender nada de aquello.

Sólo un segundo más tarde se dio cuenta de que el «Volkswagen» tenía que reflejar perfectamente en cualquiera de las dos lámparas de cristal que había delante de la tumba. Y que en aquellas lámparas tenía que haberse reflejado también un puntito resplandeciente que era el cañón del rifle.

Le maravilló la puntería de Haggerty.

Y no se expuso a que disparara de nuevo.

Haggerty había saltado entre las tumbas.

Su revólver enfilaba hacia el frente con una especie de temblor de rabia, como si tuviera sentimientos.

Otra bala del rifle pasó junto a él, yendo a estrellarse en el nombre de una tumba. Luego Plank comprendió que ya no podía arriesgarse más.

Derribó de un codazo el cadáver del hombre que estaba al volante, para ocupar su sitio, mientras gruñía:

—No te quejes... Al fin y al cabo te dejo en el sitio más caro del cementerio...

* * *

Una hora después, como hacía todas las semanas, Gabriel recogió los documentos, las letras de cambio, los pagarés relacionados con la empresa Krishausen y fue hacia la Avenue Kléber para detenerse en un sitio que conocía muy bien. Allí tenía su negocio particular uno de los agregados de la Embajada alemana. Los agregados cambiaban con frecuencia, a tenor de la política dictada por Bonn, pero Krishausen llevaba en París más de ocho años y nadie hablaba de sustituirle. Se ocupaba de ciertas relaciones comerciales entre los dueños de las minas de carbón del Ruhr y los industriales franceses.

Como siempre, Gabriel pasó a su despacho, hablaron de cosas intrascendentes y luego le presentó todos los documentos que el Banco había preparado para aquella semana. Krishausen, un hombre autoritario, de unos sesenta años, los firmó sin vacilar, pues todo lo que solía presentarle aquel Banco era irreprochable. Luego miró a Gabriel con la viva simpatía con que le miraba siempre.

—¿Qué tal su actual trabajo, amigo mío? ¿No quiere cambiar?

—Muchas gracias por hablarme de eso otra vez, señor Krishausen. Ya sé que me ha ofrecido trabajo en un par de ocasiones, pero estoy muy bien en el Banco y no tengo otras ambiciones. De verdad se lo agradezco.

—Sabe que le aprecio, Gabriel.

—Y yo me encuentro muy bien aquí. Le aseguro que cuando vengo a su empresa me siento como en mi propia casa. Si alguna vez decidiera cambiar vendría a verle, señor Krishausen, se lo aseguro.

El hombre sonrió con suavidad.

Tenía una sonrisa comprensiva y dulce.

—Gracias, Gabriel. Ya sabe que ésta es su casa. Nunca se sentirá tan seguro como aquí. Y le estuvo sonriendo hasta que el otro desapareció por la puerta del fondo.

Una puerta lateral se abrió entonces y alguien entró silenciosamente. Gabriel le hubiera reconocido en seguida, pero no tuvo ocasión de verlo. Aquel hombre apoyó sus dos manazas en la

mesa de Krishausen.

—¿Por qué me ha mandado llamar, mi general? —preguntó.

La sonrisa amable de Krishausen se había borrado. En lugar de ella flotaba en sus labios una mueca dura, casi despectiva. Todo su cuerpo había adquirido una rigidez extraña, una rigidez que hubiese parecido exagerada a los que no conocieran las viejas costumbres de la disciplina prusiana.

—Coronel —dijo con cierta sequedad—, su trabajo empezó hace treinta años.

—Sí, mi general.

—Hace treinta años el Reich estaba aniquilado, destruido, y a usted se le encomendó una de las tareas más urgentes para salvarlo. Y de las más graves y responsables también. Durante treinta años, los ex combatientes de las SS hemos luchado por una noble causa: el resurgir del Gran Reich, del Imperio de los Mil Años.

Plank le escuchaba con atención, sin pestañear, como si aquellas palabras fuesen para él el Evangelio al que debía ciega obediencia. También su cuerpo se había puesto rígido sin darse cuenta, también los brazos se le pegaban al cuerpo en una especie de instintiva posición de «firmes».

Krishausen continuó:

—Mucha gente nos ha llamado ilusos, soñadores y hasta asesinos, porque creen que queremos hundir a Alemania otra vez. Ni los políticos de Bonn, que debieran estar a nuestro lado, quieren comprendernos. Y nosotros no deseamos ni mucho menos la destrucción de Alemania. No es cierto. Al contrario, lo que queremos es su reunificación y su grandeza. Fuimos aplastados por la oscura traición internacional de los judíos y los comunistas juntos.

—*¡Jawohl, mein general!*

—No todo el mundo nos cree, pero usted, coronel, sí, porque usted es nuestro hombre más fiel y está destinado a ocupar altos cargos cuando el país vuelva a ser nuestro. Y lo volverá a ser muy pronto.

—¿Hay esperanzas y nuevas noticias, mi general?

—Claro que sí. Los países árabes nos apoyarán sin vacilar, como siempre han apoyado al nazismo. Pudiendo manejar dinero en grande, influiremos en los embargos petrolíferos y provocaremos en

los países que nos interesen profundos cambios sociales y políticos. Pero para eso hace falta dinero largo y nosotros lo tenemos. Usted sabe que lo tenemos, coronel.

—*¡Naturlisch, mein general!*

—Durante treinta años hemos esperado sin fiarnos de nadie este momento, el momento en que las cosas estuvieran maduras para actuar. Ahora ya podemos hacerlo. Por lo tanto Hugger se ocupará de matar a Gabriel, a quien usted ha protegido y mantenido vivo durante todo este tiempo.

No se produjo la menor alteración en la cara de Plank, y si se produjo no la dejaron ver las gafas negras.

Krishausen continuó:

—Usted le arrancará el ojo postizo y me lo traerá. Entonces me dará también el suyo.

Plank sonrió de una forma enigmática, lejana. También parecía ahora como si su sonrisa, su voz, fuesen las de un muerto que pudiera estar entre los vivos. Se retiró las gafas y entonces se pudo apreciar por qué no se las quitaba nunca: sólo tenía un ojo auténtico. El otro era de cristal como el de Gabriel, aunque su perfección asombrosa hacía a veces parecer que fuese auténtico.

—Usted dio al Reich y a las SS no sólo su sangre, sino también un ojo —murmuró Krishausen—. Se lo dejó arrancar por «mandíbula de plata» y en su lugar se colocó éste. También al pequeño le arrancaron uno, pero usted liquidó al que lo había hecho. No quería que nadie pudiese seguir jamás la pista del niño, cuando pasaran los años.

—No hice más que seguir instrucciones, mi general.

—Y muy bien seguidas. Perfectamente seguidas, coronel Plank. Su trabajo agotador ha durado años y años, pero por fin vamos a recoger los frutos. El inmenso tesoro de los SS, el que ocultamos en 1944, está en un sitio que yo mismo ignoro y que usted ignora, pues los dos ojos nos llegaron preparados desde el Alto Mando. El suyo, una vez abierto, contiene la mitad del plano. El de Gabriel, la otra mitad. Todos sabíamos que esas dos partes estaban seguras: en su caso, coronel, por su fidelidad; en el caso de Gabriel, por su inocencia. Pero ahora ha llegado el momento en que ese hombre no nos sirve. Hugger lo liquidará y hará desaparecer todo su cadáver, excepto el ojo. Usted me entregará también el suyo dentro de media

hora, coronel. Espere en la habitación donde estaba.

—A sus órdenes, mi general.

Plank dio un cuarto de vuelta y un taconazo seco, como si volvieran a estar en el cuartel, y se perdió tras la puerta por la que había salido antes. No había hecho más que desaparecer, cuando Krishausen oprimió un timbre.

—Hugger —dijo por el dictáfono—. Adelante...

CAPÍTULO XI

Gabriel iba a poner en marcha su pequeño «Simca», estacionado en el *parking* de la empresa cuando notó que el motor de arranque fallaba. Intentó tres veces y se dio cuenta de que iba a quedarse sin batería. Entonces salió y se dirigió a la puerta.

Vio al hombre que parecía estarle esperando allí.

El hombre que tenía una sonrisa amable.

—Señor Hugger —dijo—, parece que me falla el arranque. ¿No tienen ustedes un mecánico?

—Sí, claro que sí... Debe estar en el almacén. Venga conmigo.

—Gracias, señor Hugger.

Penetraron en un oscuro pasillo que Gabriel no había pisado nunca y luego pasaron a una especie de cueva estrecha, lóbrega, donde no se captaba ningún sonido. Gabriel intentó sonreír.

—Pues parece que el mecánico no está... —dijo.

—Tiene que estar. Pulse aquel timbre junto a la puerta, por favor. Seguro que vendrá en seguida.

Gabriel fue a hacer lo que le ordenaban.

Y entonces los ojos de Hugger se empequeñecieron.

Se hicieron como dos puntitas de alfiler. El odio brilló en ellos.

Extrajo el puñal que durante años y años había guardado para alguna solemne ocasión. Y ésta lo era. El puñal llevaba grabada en la hoja las palabras símbolo de los SS: «Sangre y Honor».

Fue a clavarlo en la espalda de Gabriel, a la altura del corazón.

No fallaría el golpe.

Su víctima no se daría ni cuenta de que reventaba.

Tendió la mano.

Y en ese momento vio una mancha roja.

No se dio cuenta de que era su propia sangre.

No sintió dolor.

Sólo le temblaron las rodillas.

No se dio cuenta de que aquella brusca debilidad era su propia muerte.

Plank, detrás suyo, repitió el golpe con aquella siniestra maestría que le había hecho famoso en otro tiempo.

Casi le separó la cabeza del tronco.

Y miró los ojos aterrados de Gabriel.

Miró sus labios que temblaban.

—Usted... —balbució Gabriel—. Usted... Pero... ¿Pero por qué?

Plank señaló el cuchillo que el otro tenía en las manos.

—Iba a matarte —dijo—. Ignoro los motivos, pero iba a matarte. Y ahora lárgate pronto de aquí. Pronto..., ¡arrea!

Gabriel estaba aterrado, pero conmovido a la vez.

Porque recordaba un oscuro sótano de Marsella. Porque recordaba un avión que iba a capotar en el cielo azul de Atenas. Porque recordaba... ¡recordaba algo que estaba en lo más profundo de su niñez! ¡Oía otra vez la voz lejana de los muertos!

—¿Por qué me salva? —balbució.

—No lo sé —dijo Plank con su rostro de piedra—. Debe ser porque te tengo cariño. Hala, lárgate.

Gabriel obedeció.

No hubiera podido soportar tampoco estar más tiempo allí. La cabeza le daba vueltas, su garganta se sentía sacudida por una náusea. Dando trompicones fue hacia la puerta, mientras Plank avanzaba tras él para asegurarse de que no le pasaba nada.

Y entonces vieron a los dos hombres con las pistolas preparadas, los dos dentro del coche y acechando. Uno de esos dos hombres era el general Krishausen.

Querían asegurarse de que todo marchaba bien. Querían comprobar la salida de Hugger.

Y al ver salir a Gabriel lanzaron al unísono una maldición. Sus dedos se cerraron sobre los gatillos rabiosamente.

* * *

Cuando la bomba estalló dentro del coche —al menos ésa fue la sensación que tuvieron ellos— cuando se convirtió en pavesas, cuando las llamas les rodearon hasta penetrarles por la boca,

ninguno comprendió qué infiernos podía haber ocurrido. Ninguno de aquellos dos hombres. Krishausen y Mandíbula de Plata llegó a entender por qué aquel estallido, por qué aquel horror, por qué aquella muerte. Cuando se largaron al Más Allá, completamente purificados por el fuego, sus aullidos no fueron ya de dolor, sino de asombro.

Gabriel estaba también completamente aterrado.

Barbotó:

—Pero... ¿Pero por qué?...

—¡Lárgate!

El obedeció maquinalmente. No se daba cuenta de nada, no podía pensar. En su cerebro sólo martilleaba una obsesión, una pregunta: ¿por qué? ¿POR QUÉ?

Había alguien a poca distancia que hubiera podido contestarla también. Alguien que se daba cuenta de que Gabriel tenía algo que valía mucho dinero y que Plank tenía algo que valía mucho dinero también, pero que no le servía de nada sin la parte de Gabriel. Y ese hombre que hubiera podido contestar a la pregunta preparó su revólver.

Nada de contemplaciones ahora.

Adelante...

¿Qué culpa tenía él de poseer un revólver con mala baba?

Pero esta vez la suerte no le acompañó porque pasó un coche interponiéndose con rapidez en el campo de su punto de mira. La bala resbaló en el capó, se desvió y no fue a la cabeza de Plank como tenía que haber ido. Plank oyó el rebote muy cerca y se volvió con una mezcla de odio y de horror.

Su único ojo, agudo como el de un halcón, avizó la figura que estaba dentro del «Renault 5». No comprendía cómo aquel tipo podía haber tenido tanta habilidad para seguirle desde el cementerio, pero lo cierto era que estaba allí. Y lo cierto era que en sus pupilas brillaba la muerte.

Era el peor enemigo que Plank había tenido jamás.

Era el tipo más implacable con que se había encontrado incluso en las épocas en que tuvo que enfrentarse a los cosacos en las llanuras de Rusia. Y eso que los cosacos no dejaban jamás una presa.

Vio que el pequeño coche venía hacia él. Comprendió que el

próximo disparo sí que le alcanzaría en el centro de la cabeza.

Su ojo sano buscó una salida. Se dio cuenta de que ninguno de los coches que estaban allí lo pondría en marcha antes de que fuera demasiado tarde. Estaba perdido, pues tampoco le quedaba tiempo de quitar la espoleta a la única bomba que le quedaba ni de poner su «Luger» en línea de tiro.

Pero un hombre como él siempre tenía recursos, y se dio cuenta de que había algo que le iba a permitir huir. Entre el enorme tráfico de París, el

«R-5»

no podría seguirle.

Saltó con la agilidad de un tigre sobre la «BMW 75/6» que estaba estacionada a un lado del *parking*. La 75/6 es una poderosa máquina con motor «Fiat» de cuatro tiempos y dos cilindros que tiene frenos de disco delante y de tambor detrás y que alcanza los 175 kilómetros hora. El bólido rugió apenas él pulsó el botón de su contacto eléctrico.

Hizo un fantástico quiebro con su cintura y con su máquina.

Haggerty lanzó una maldición.

La bala también había salido desviada. Jamás alcanzaría a Plank mientras él montase aquella máquina del infierno. Y mucho menos lo alcanzaría en un

«R-5»,

que es un coche poco potente y que saltaría si él trataba de ponerlo a más de 150.

Por lo tanto tomó una decisión instantánea.

Sus ojos habían visto algo.

Una «BMW 90/6» había quedado estacionada junto a la que acababa de salir como un rayo. La 90/6 es como la «75», pero en lugar de 745 centímetros cubica 899. Y en lugar de 175 kilómetros hora, hace los 190.

Los dos bólidos se lanzaron aullando por el borde del Sena, cerca de donde estaba la empresa del honorable y difunto señor Krishausen. A la izquierda se veía el Bosque de Bolonia. A la derecha Suresnes. Un par de autobuses verdes estaban cruzados a menos de un kilómetro de distancia.

Un kilómetro no era nada para aquellos dos cohetes.

Se encontraron en seguida con el pequeño hueco que dejaban

aquellos dos gigantes al maniobrar. Plank pasó dejándose casi las hombreras de su traje y maniobró para disparar. La bala alcanzó uno de los neumáticos del autobús más retrasado que quedó quieto cortando el paso a la moto de Haggerty.

Éste vio venir aquella mole hacia él.

El cuentakilómetros marcaba los 180.

Fue como un chispazo.

Puesto que no podía frenar, giró rabiosamente a un lado, arrancando chispas a los salvapiernas al rozar con ellos en el suelo. Las llantas estuvieron a punto de saltar. Patinó a lo largo de la calle mientras el chirrido se hacía espantoso.

Después de chocar con el bordillo, subió a él y pudo pasar mientras se oían gritos en todas partes. La moto de Plank le había ganado casi un kilómetro. El dio todo el gas que pudo mientras los cilindros parecían ir a estallar.

Remontó una pequeña cuesta. Plank giró como una bala hacia el otro lado del río mientras hacía saltar pollos aires un carrito de verduras y enviaba al agua a un repartidor de periódicos. Un gendarme que se había puesto con los brazos en cruz intentó detenerle.

Se produjo un siniestro crujido.

Nadie fue capaz de decir si el gendarme iría en línea recta a los altares, con los brazos tendidos y todo.

Pero le faltó muy poco.

Haggerty apretó el mando del gas con toda su rabia, llegando hasta el paroxismo. Las ruedas patinaron y fue de un bordillo a otro mientras una furgoneta trataba de esquivarle y se iba pendiente abajo. Un «Fiat» se metió en un escaparate. Otro intentó cortar el paso para darle un escarmiento y Haggerty lo esquivó. El «Fiat» dio un espantoso tumbo antes de saltar sobre el pretil y hundirse en las aguas.

Ahora había recobrado distancia otra vez. Estaba apenas a cincuenta metros del fugitivo.

Éste dejó caer entonces la bomba a tierra. Haggerty se la encontraría en los neumáticos un segundo después. Se inclinó sobre la máquina para esquivar la metralla.

La explosión fue espantosa.

Se llevó por delante dos coches aparcados.

Un kiosko.

El escaparate de una peluquería donde se veían retratados varios tipos «unisex» dándose las manitas.

Pero la bomba no causó el menor daño a Haggerty por una sencilla razón: éste había sido más rápido y había pasado por encima antes de que estallara. Cuando se produjo la explosión, él ya había dejado la muerte atrás.

Plank dobló vertiginosamente.

Se oyeron aullidos.

Estaba en un mercadillo donde se almacenaban patatas, frutas, montañas de verduras y docenas y más docenas de posaderas de señoras gordas que ya pasaban de los cincuenta. Hubo una desbandada general. Dos mujeres saltaron con las piernas rotas. Otra se metió de cabeza entre los sacos. Unas balanzas volaron a más de veinte metros de altura.

Haggerty iba detrás. Esquivó vertiginosamente un puesto de pescado y alzó el manillar para pasar como un bólido por encima de una pila de sacos. Luego los dos atravesaron un escaparate, saliendo disparados por el otro lado de la tienda. Más allá volvía a estar el río con su pretil bajo, sus árboles dormidos, su silencio rumoroso antes de entrar en la gran curva de París.

Haggerty controló la poderosa máquina con una sola mano. Ahora tenía cerca a su enemigo. Veía su espalda a menos de veinte metros.

Alzó el revólver.

Qué lástima que aquel bicho tuviera tan mala baba. ¿Por qué no lo habría pensado mejor al comprarlo?

Brotó una bala.

Dos.

En la espalda de Plank se formaron dos terribles impactos. La moto dio un bandazo. Las ruedas chirriaron espantosamente.

Toda la máquina saltó por encima del pretil. El corpachón de Plank dio dos tumbos trágicos hasta el Sena.

Haggerty saltó tras él como si estuviera en un campeonato mundial de «moto-cross». Dio la sensación, al pasar volando por encima del pretil, de que quería hundirse en las aguas. Una de las ruedas estalló materialmente al detenerse en seco, cuando ya estaba junto al caído Plank.

Éste ya no llevaba las gafas.

Le miraba con un solo ojo.

Y Haggerty lo comprendió entonces. Se dio cuenta de qué era lo que Plank tenía y Gabriel tenía también. Supo entender como en un chispazo qué dos cosas eran las que se complementaban. Mientras se inclinaba sobre el caído farfulló:

—¿Las dos mitades de un plano, compañero?

A Plank le gustó que, después de todo, le llamara «compañero». Con voz que era apenas un susurro afirmó:

—Sí...

—¿Una fortuna de las que ocultaron los SS al ver que la guerra estaba perdida?

—Tú... tú lo has dicho... Pero las guerras... siempre vuelven a empezar.

—¿Quién fue el que la ocultó? Porque tenía que haber alguien que lo hizo. Alguien que os confió el secreto a vosotros, para que hicierais buen uso de él, pero que sabía dónde estaba esa fortuna. ¿Quién es?

—Dirás mejor... quién era...

—¿Quién?

—El mariscal Reiner... Después de hacer ese trabajo se suicidó. Así garantizó su... su silencio... Era un héroe... Cumplió con... su deber.

Plank se iba por momentos, y sin embargo aún flotaba una sonrisa en su boca. Una sonrisa extraña, casi dulce. Una sonrisa inexplicable. Algo que en sus labios quizá no había existido jamás.

Haggerty musitó:

—Tú no necesitabas ahora a Gabriel con vida... ¿Poiqué lo has salvado entonces? ¿Por qué?...

La sonrisa se hizo más ancha, más cansada. La lejana voz pareció llegar desde el fondo de los años, desde el primer momento quizá en que Plank dio cobijo a un sentimiento de ternura. Desde la primera vez, treinta años antes, en que se dio cuenta de que también podía ser un ser humano.

—Verás... —dijo—. No vas a creerlo, pero al cabo de tanto tiempo de protegerle, de cuidar de él... Le he tomado simpatía... Yo... nunca he tenido un hijo... Y esto... te lo tomas como quieras, maldito... Pero no se lo digas nunca... No vaya a creer... que he

sido un sentimental...

Y cerró los ojos. Su boca se crispó en una mueca. Haggerty le alzó uno de los párpados y salió corriendo de allí.

Cuando llegó el primer gendarme al lado del cadáver, se quedó asombrado.

—¡Cuerno! —dijo—. ¡Nunca había visto a un tío tan tuerto!...

* * *

Tres días después, Gabriel conocía toda la historia. Tres días después se había dejado convencer para perder un ojo artificial y sustituirle a cambio de prestar un gran servicio a sus semejantes, pues la fortuna que iban a recuperar podría emplearse para obras dignas que los SS no soñaron jamás.

Con los datos contenidos en microfilm, dentro de ambos globos oculares, resultaba sencillísimo encontrar el emplazamiento de aquella fortuna enterrada por un mariscal llamado Reiner, un mariscal que se suicidó para no revelar jamás el secreto.

¿Sencillísimo encontrarlo?

Bueno, quizá no tanto. Porque para eso ocuparon tres días enteros. Porque hubieron de tomar un avión a Brasil, porque hubieron de llegar a las cercanías de la inmensa y rica Sao Paulo. Porque tuvieron la enorme sorpresa de comprobar que los SS habían podido ocultar el tesoro allí, nada menos que allí, en uno de los lugares que en teoría parecían más seguros del mundo.

Y, en efecto, vieron que nada de aquel dinero se había perdido.

Ni un centavo.

La fábrica ocupaba hectáreas y hectáreas.

Era inmensa.

Próspera.

Crecía cada día más.

Y el nombre proclamado a los cuatro vientos por los enormes frontispicios de mármol era: INDUSTRIAS Y DERIVADOS REINER.

Haggerty tuvo una terrible sensación de inutilidad, una lacerante sensación de angustia.

Treinta años.

Tantos muertos.

Tantos sacrificios y, en el fondo, tanta fe.

Para que se hinchara Reiner.

—Por lo visto ese tío ya había descubierto el modo de suicidarse con una bala de fogeo —dijo pensativamente.

Gabriel musitó:

—¿Qué tratas de insinuar?

—Nada, amigo... Voy a dar parte a mis jefes para que metan mano, pero uno acaba no creyendo en nada, ¿sabes? En nada... Sólo en unas cuantas cosas sencillas a las que no damos importancia. Y ahora volvamos a París cuando antes a buscar una de esas cosas sencillas. Tengo que hacerlo.

—¿Buscar qué? ¿A qué te refieres?

—Las curvas de una chica llamada Nadia —susurró Haggerty—. No sabes tú cómo son. A ver si hay un poco de suerte, ¡diablos...! A ver si ahora que le he tocado la mano derecha le puedo tocar la mano izquierda. Y luego... En fin... ¡jejem!... Luego. ¡Vaya!... Pues luego.

Y dibujó en el aire unas curvas sensacionales. La verdad fue que esta vez le entendieron a la primera hasta los empleados del aeropuerto.

FIN



**DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE
CORIN TELLADO**

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inagotables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca del Amor.

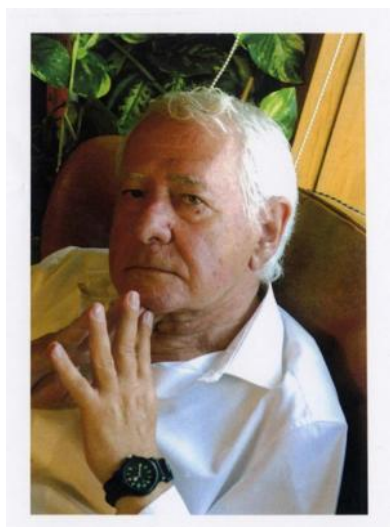
**APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.





Francisco González Ledesma (Barcelona, 17 de marzo de 1927, 2 de marzo de 2015) fue un periodista, guionista de historietas y novelista español. Especializado en los últimos años en el género policíaco, fue considerado como uno de los principales impulsores de la novela negra de corte social en España, junto a Manuel Vázquez Montalbán. Bajo el seudónimo de Silver Kane publicó más de 1000 novelas, la mayoría novelas del oeste, aunque también escribió bajo los seudónimos de Taylor Nummy y Silvia Valdemar, así como novelas románticas como Rosa Alcázar y Fernando Robles, siendo su último seudónimo utilizado en

2007-08

el de Enrique Moriel para dos de sus últimas novelas.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de

redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.